

REVISTA
SOBERANÍA
ALIMENTARIA
BIODIVERSIDAD
y culturas

Primavera 2020
Núm. 37

Los cuidados

Una mirada política y rural

Envejecer feliz en el pueblo

Fridays for Future
y la soberanía
alimentaria



LA REVISTA ES UN ESPACIO COLECTIVO INTEGRADO POR:

- ▶ Amigos de la Tierra
- ▶ Campo Adentro
- ▶ Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- ▶ Catedra Tierra Ciudadana Universitat Politècnica de València
- ▶ CERAI
- ▶ COCEDER
- ▶ Colectivo Lantxurda Taldea (Tafalla)
- ▶ Commonspolis
- ▶ Ecologistas en Acción
- ▶ Entrepueblos
- ▶ Fundación Entretantos
- ▶ Garúa
- ▶ GRAIN
- ▶ Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización [ARAG-UAB] Universitat Autònoma de Barcelona
- ▶ Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. Universidade de Vigo
- ▶ Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶ Justicia Alimentaria Global
- ▶ Iniciativa Comunes
- ▶ Lonxanet
- ▶ Associació de consumidors i productors La Magrana Vallesana
- ▶ Menjadors ecològics
- ▶ Mundubat
- ▶ Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶ OSALA
- ▶ Plataforma per la Sobirania Alimentària del País Valencià
- ▶ Postgrau de Dinamització Local Agroecològica Universitat Autònoma de Barcelona

- ▶ Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ Red de Semillas
- ▶ Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶ Sindicato Labrego Galego
- ▶ Sociedad Española de Agricultura Ecológica [SEAE]
- ▶ Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato

Estamos en un proceso interno de cambios con el fin de visibilizar mejor las alianzas que en estos años de trayectoria hemos ido construyendo. En los próximos números veréis ampliarse esta lista.

Si quieres que tu colectivo se sume, contáctanos.

Ilustración de portada: Jaume Enrich. Soy diseñador gráfico, ilustrador, serigrafista y profesor de enseñanzas artísticas. Utilizo la ilustración como medio de representación e interpretación de mi entorno con la voluntad de comunicar de una forma creativa y transformadora mis ideas. Soy miembro del colectivo Gráfica Activa, un proyecto que quiere reflexionar sobre la temática y las polémicas que rodean la situación política actual, la carencia de libertad de expresión y reivindicar la capacidad, la presencia y la importancia de nuestro oficio para colaborar con las acciones humanitarias iniciadas en todo el territorio. Como profesionales del sector gráfico tenemos la capacidad de pensar e ilustrar las injusticias, en un ejercicio de conciencia, comunicación y narración a través de las imágenes.

<https://jaumeenrich.com/>
https://www.instagram.com/jaume_enrich/
<https://dissenyigualada.com/graficaactiva/portfolio/>

Fotografías: Las fotografías que ilustran muchos de los contenidos de este número se las agradecemos a David Segarra, periodista y documentalista valenciano cuya obra está vinculada a las comunidades en resistencia y a las culturas de la tierra. Recomendamos su corto documental Savis de l'horta [2018], de libre acceso en internet, para reflexionar sobre el arte de vivir y amar la tierra, que ha sido reconocido con 9 premios y 19 selecciones oficiales en festivales nacionales e internacionales. Actualmente prepara el documental Per molt que bufe el vent, sobre la resistencia popular de la huerta de València.

<https://twitter.com/Davidsegarra>

Agradecimientos: Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarla tal y como ha quedado: Agustí Corominas, Sandra Ezquerro, Pueblos en Movimiento, Joan Buades, Guillem Ferrer, Elisa Oteros-Rozas, Carmen Ibáñez [El Rincón de los Cerezos], Soledad Castellero, Lucía Camón, Stéphanie Chiron, Cooperativa L'Olivera, Aurelio García [ESNEPI], Joaquín Lorenzo, Eva Ramírez Hidalgo, María Culubret, Julio Majadas, Noelia Martín y Enrique del Río.

Os invitamos a que os comunicuéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.

Esta publicación ha contado con el apoyo financiero de:

Ajuntament de Barcelona - Justícia Global i Cooperació Internacional



Primavera 2020 Núm. 37

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de soberanía alimentaria. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un mundo rural vivo.

COMITÉ EDITORIAL

Paul Nicholson
 Jerónimo Aguado Martínez
 Henk Hobbelink
 Belén Verdugo Martín
 Marta G. Rivera Ferre
 Fernando Fernández Such
 Carlos Vicente
 Blanca Ruibal
 Clara Griera
 Mariola Olcina
 Leticia Toledo

EDITA

El Pa Sencer SCCL:
 Patricia Dopazo
 Gustavo Duch
 Carles Soler
 Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL:

c/ Girona 25, principal
 08010 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

info@soberaniaalimentaria.info

[revistasoberaniaalimentaria](https://www.facebook.com/revistasoberaniaalimentaria)

[@revistaSABC](https://twitter.com/revistaSABC)

[RevistaSoberaniaAlimentaria](https://www.telegram.com/RevistaSoberaniaAlimentaria)

[revistasoberaniaalimentaria](https://www.instagram.com/revistasoberaniaalimentaria)

Depósito Legal B-13957-2010

ISSN 2013-7567



EDITORIAL

Los cuidados. Una mirada política y rural 4

AMASANDO LA REALIDAD

Cuidar la vida en el medio rural
 Uxi D. Ibarlucea 6

Los lavaderos
 Tamara Balboa 10

Entrevista a Tareixa Ledo Regal
 Revista SABC 12

Envejecer feliz en el pueblo
 Amal El Mohammadiane Tarbift 17

Las mujeres del bosque
 Isidre Domenjó 22

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

«No estamos aquí por dinero»
 Rosario Sánchez Jiménez 24

«En los pueblos el concepto 'comunidad educativa' cobra todo su sentido»
 Guille Jové Alcalde 25

«El virus del individualismo está desestructurando el mundo rural»
 Teófilo Nieto 27

EN PIE DE ESPIGA

Desmontando al paleta cómico
 Félix A. Rivas 29

Xarq Al-Ándalus. La gente de la tierra
 David Segarra 33

VISITAS DE CAMPO

Son Labreg@
 Xosé García 39

La comunidad sublevada
 Alberto Acosta y John Cajas Guijarro 42

«La justicia climática no se concibe sin soberanía alimentaria»
 Revista SABC 46

PALABRA DE CAMPO

Fanzine. Saca tus sucias manos de mi pueblo
 Colectivo Arterra 51

Dedicado a quienes mantienen la casa abierta
 José Pastor González 52

Los lodos de depuradora
 José M.ª Viñals Montaba 54

Los cuidados. Una mirada política y rural

Vivimos en una sociedad que ha normalizado el individualismo, que cree que el ser humano está por encima del resto de seres vivos y que es capaz de controlar los procesos naturales. Esta particular forma de entender la vida ha hecho que nuestra mirada se reduzca cada vez más, que dejemos de percibir una enorme cantidad de interrelaciones y su valor. El ecofeminismo, que hemos tenido muy presente en todo el proceso de elaboración de este número, nos recuerda algo que debería ser obvio y no lo es: necesitamos de otras personas y de la naturaleza para poder vivir. Necesitamos ser cuidadas, cuidar y cuidarnos.

Pero ¿somos una sociedad cuidadora? Escribimos este editorial el primer día oficial de confinamiento por el estado de alarma decretado a causa de la epidemia de COVID-19 en el Estado español. Una situación excepcional como esta desvela en gran medida nuestra naturaleza. ¿Qué vemos a nuestro alrededor? ¿Nos preocupa el bien común? ¿Es ahora un buen momento para reflexionar sobre su significado?

Uno de los aspectos que destacan en varios contenidos de este número es que los cuidados en

sentido amplio deben entenderse de forma contextualizada, a partir del territorio del que se es parte, que está inseparablemente unido a nuestras historias de vida, recuerdos, deseos y afectos. «Se trata de pensar desde lo pequeño, desde la peculiaridad de cada espacio, dando protagonismo a sus habitantes, atendiendo las carencias específicas y huyendo de las grandes planificaciones externas que tienen el poder de homogeneizar realidades muy diversas», afirma Uxi en su artículo «Cuidar la vida en el medio rural». Pequeño, peculiar, diverso... son adjetivos que chocan con los ritmos y las reglas de la economía de mercado predominante; una vez más nos encontramos frente a la necesidad urgente de cambiar radicalmente el sistema y nuestra mirada sobre la realidad.

Os ofrecemos unas páginas especialmente cargadas de ruralidad. Miramos con la lupa de los cuidados algunas actividades cotidianas que se desarrollan en pueblos y que tienen una forma particular de cuidar: los lavaderos públicos, las farmacias rurales, el profesorado y la iglesia de base, comprometida con la población frágil. Os traemos los aprendizajes que nos ofrece Tareixa y



su larga trayectoria como terapeuta y facilitadora de procesos colectivos en organizaciones rurales. Y nos preguntamos sobre los cuidados de las personas más mayores y las iniciativas comunitarias que existen para un envejecimiento feliz.

Las secciones que completan este número, nos parece que enriquecen las reflexiones y siguen, a su manera, hablando de cuidados. Desmontamos al «paleto cómico», que tanto ha maltratado la imagen de los pueblos en general y de la actividad agraria y ganadera en particular y lo combatimos con la alegría del festival Son Labreg@, en Galiza, que reconstruye el orgullo de ser campesina. Reconocemos las raíces árabes de la agricultura mediterránea para fortalecer los puentes con la cultura que una vez fue la nuestra y con sus gentes. Y también hemos conocido a dos activistas del joven movimiento Fridays for Future, a quienes teníamos ganas de preguntarles por su percepción sobre la ruralidad y la alimentación.

Vivimos momentos y situaciones que nos ofrecen una buena excusa para interpelarnos como sociedad, para seguir deconstruyéndonos en lo personal y lo colectivo. Aquí os dejamos nuestra humilde aportación, como siempre sintiéndonos privilegiadas por estar tan bien acompañadas en cada número.

Cuidar la vida en el medio rural

Uxi D. Ibarlucea

En ocasiones, recorro parte de esta pequeña comarca de la meseta castellana para llevar la comida a Julia, Antonina o Mariano.

El recorrido por Tierra de Campos me emociona, me llena de energía ese sol de invierno y esa luz infinita; sin embargo, a la vez, me entristece ese terrible abandono, esa soledad no deseada.

En esos veinticinco kilómetros encuentro un poco de bosque, grandes extensiones de cultivo en terreno pedregoso y algunos pequeños rincones al abrigo de esa Cueva, nuestro río serpenteante, donde aún quedan arbustos [escaramujos, endrinos], ciruelos o avellanos silvestres que servían de resguardo a la microfauna que antes habitaba las linderas ahora inexistentes. Esos bellos espacios no accesibles a la amplitud de la maquinaria son pequeños símbolos de resistencia. Como Marcela, que con más de 90 años no entiende por qué le pregunto si aún tiene gallinas, no entiende la absurdidad de la pregunta. «¿Cómo no voy a tener gallinas?», me responde.

«Éramos más felices que vosotros»

Sostener esa vida, la de ellas, la nuestra y la de otras muchas personas que aún viven en el medio rural es sostener un territorio donde el cuidado de las personas está intrínsecamente ligado al cuidado del espacio en el que habitamos. Esa interdependencia entre personas y territorio es un factor fundamental cuando hablamos de los cuidados en el medio rural. ¿En qué contexto nos movemos? ¿Cuáles son las historias de vida de las personas más frágiles? ¿Qué desean? ¿Cómo conjugar esos deseos con

las posibilidades a nuestro alcance en un entorno con escasez y dificultad de acceso a los servicios públicos? ¿Cómo mantener los espacios comunitarios y recuperar las olvidadas relaciones de vecindad y apoyo mutuo por la imposición de una cultura individualista que todo lo impregna? Y sobre todo: ¿dónde quedan los afectos?

No tenemos todas las respuestas, pero algunas podemos hallarlas enfocando la mirada en aquellas prácticas comunitarias que, bien por pura necesidad o por filosofía, contribuyeron al mantenimiento de estas personas ridiculizadas



Ensayo de 'muixeranga' (torres humanas originarias del País Valencià). Foto: David Segarra

por los medios y de estos pueblos «abandonados de la mano de Dios», que diría la gente mayor, mujeres y hombres que, con su esfuerzo, abastecieron de alimentos a esa empobrecida España de la posguerra.

Eran pueblos que cuidaban de las niñas y los niños cuando las personas mayores estaban en el campo, jóvenes que se encargaban de acompañar y vigilar a adolescentes que recién se iniciaban en la diversión nocturna; campesinos y campesinas que apoyaban a las familias que, por diferentes motivos, se habían retrasado en las labores agrícolas y corrían el riesgo de perder la cosecha; mujeres que compartían las tareas de cuidar los lavaderos o la iglesia y se reunían para hacer el pan o los dulces de fiestas mientras realizaban una terapia colectiva que aliviaba sus pesares... Todo un conjunto de «saber hacer» de estas comunidades, que, a pesar del terrible esfuerzo del trabajo, les ayudaba a celebrar la vida con alegría. Nos sorprenden e interrogan cuando afirman: «Éramos más felices que vosotros».

Todas las personas somos frágiles, pero esa fragilidad se acentúa en contextos como estos, que han sufrido despoblación y envejecimiento. Muchas de las pequeñas comunidades que conforman el medio rural son terriblemente frágiles en su conjunto. Garantizar una vida digna a las personas integrantes de esa comunidad es un derecho individual de cada una de ellas y una

forma de contribuir a preservar la vida del planeta, porque conlleva una visión integral de las múltiples interacciones que la caracterizan.

Sobre la falacia de la insostenibilidad de una vida digna en el medio rural

La experiencia de trabajo de más de 30 años de COCEDER (Confederación de Centros de Desarrollo Rural) está ligada a la pertenencia al territorio de las personas que conforman los equipos de cada comarca, lo que facilita una visión de la realidad cotidiana, de los problemas que vivimos y a los que nos enfrentamos y también de las inmensas oportunidades. No solo es posible sostener la vida en el medio rural, sino que es urgente y necesario cuidar y mantener cada pequeña comunidad, cada ejemplar de esta especie de *homo sapiens* rural en peligro de extinción.

Para ello, hemos de aplicar otras lógicas que adapten los recursos de la administración a las necesidades de las personas que habitan estos territorios, no al contrario. Se trata de pensar desde lo pequeño, desde la peculiaridad de cada espacio, dando protagonismo a sus habitantes, atendiendo las carencias específicas y huyendo de las grandes planificaciones externas que tienen el poder de homogeneizar realidades muy diversas. Debemos establecer otras formas de organización de los recursos y servicios, que no han de



Ensayo de la Jove Muixeranga de València. Las 'muixerangues' son una expresión popular del apoyo mutuo y la solidaridad. Foto: David Segarra

ser necesariamente más gravosas en términos económicos, y que deben adoptar los criterios de utilidad múltiple que siempre caracterizaron a lo rural, poniéndolos al servicio de los deseos y prioridades de la población, garantizando el derecho a seguir viviendo dignamente en este territorio.

Cuidar a las niñas y los niños manteniendo las escuelas en los pueblos e introduciendo en el proyecto educativo el valor de la cultura rural, de los saberes y las prácticas de sus gentes, de las posibilidades de vida y trabajo en estas comarcas, del fundamental equilibrio entre el desarrollo y la preservación de la naturaleza que nos provee de alimentos, de agua, de aire. Es importante crear una verdadera comunidad educativa integrada por profesionales de la enseñanza y por quienes habitan el territorio considerándolo un inmenso y maravilloso laboratorio donde aprender desde la experimentación, desde la cotidianidad de la vida. Se ha de potenciar el arraigo y el orgullo de pertenencia a una tierra, poniendo en valor la memoria biocultural de los pueblos; que esto sea la base que les forme y fortalezca para ser ciudadanos y ciudadanas del mundo.

Cuidar a los y las jóvenes, creando espacios de ocio y formación diferentes, ligados a las múltiples posibilidades de disfrute de la naturaleza que este medio les ofrece, a la expresión de las artes o al mantenimiento de las prácticas solidarias. Se

pueden generar espacios que conjuguen la utilización de avances tecnológicos que les conectan al resto del mundo con el fortalecimiento de las relaciones humanas en su entorno, potenciando su presencia y responsabilidad en los ámbitos de decisión de la comunidad, ayudándoles a visibilizar las oportunidades y alternativas de futuro que su medio les ofrece en un mundo cada vez más globalizado y de certezas inciertas. Ayudarles a percibir que vivir en su pueblo puede ser una opción más, tan válida y exitosa como la vida en la ciudad, no una apuesta compleja y llena de obstáculos.

Cuidar a las mujeres que permanecen en nuestros pueblos, valorando su importante aportación al mantenimiento de esta sociedad, fortaleciendo su protagonismo y apoyando sus iniciativas laborales, sociales y políticas, recuperando esos lugares y momentos de encuentro para hablar de la vida, de sus vidas, de los deseos, de las esperanzas. Cuidar a las que cuidan, para que se sientan cuidadas, poniendo medios técnicos y humanos a su alcance que faciliten este trabajo, pero, sobre todo, cuidar a las que cuidan compartiendo las tareas del cuidado.

Cuidar de los agricultores y las agricultoras, puente entre dos generaciones que, aun reconociendo los beneficios de las prácticas agrícolas de quienes les precedieron, se han visto

“ Sostener la vida en el medio rural es sostener un territorio donde el cuidado de las personas está intrínsecamente ligado al cuidado del espacio en el que habitamos. ”

abocadas —en parte, por las políticas agrarias impuestas y, en parte, por la falacia del progreso— a depender de la agroindustria y la tecnología que cada vez les resta más autonomía en la toma de decisiones y les convierte en mano de obra al servicio de intereses externos, a la vez que deterioran el suelo que les sustenta. Cuidar, creando espacios de análisis y reflexión de lo que estas dinámicas productivistas provocan en sus vidas y en la vida de las gentes de otros lugares del mundo. Cuidar, apoyando y visibilizando otras formas de producción, de transformación y relación con las consumidoras. Cuidar, reivindicando otras políticas y normativas no agresivas con la tierra, que la entiendan como un medio para la vida y no solo como un recurso económico, y que garanticen así el futuro a las nuevas generaciones.

Construir una sociedad consciente de su interdependencia

Y, por supuesto, cuidar de las personas mayores y dependientes a cuya fragilidad se une la ausencia de los hijos y las hijas que emigraron a la ciudad en busca de una vida supuestamente mejor. Una fragilidad relacionada con la desaparición de los valores y contravalores que marcaron a fuego sus formas de vida y de pensamiento («todo era pecado», dice uno de los personajes del documental *Meseta*, de Juan Palacios), con la infravaloración de sus conocimientos, de sus trabajos, de sus esfuerzos ante la adversidad. Son personas aferradas a su tierra, a la huerta, al riachuelo donde pescaban, a la bodega..., a todo aquello que construyeron y cuidaron y que ahora sufre el abandono y la degradación.

Tal vez les cuesta tanto alejarse de aquí porque fueron protagonistas activas de la creación y mantenimiento de estos entornos: los caminos, las praderas, los lavaderos, las fuentes... Cada espacio son años de vida y recuerdos, forma parte de sí mismas, en una simbiosis maravillosa entre las personas y el paisaje. «Todo me habla», esa es la sensación que tenemos muchas aquí, habla el sauce, el regato, el olor a cera de la tarima, el crepitar del fuego en la gloria.

Cuidar de nuestras personas mayores adaptando los recursos a su deseo de permanencia en su entorno, con una normativa que permita poner en marcha diferentes formas y alternativas de atención: la acogida remunerada o no de un vecino, la creación de pequeños espacios que sirvan para responder a necesidades específicas de alimentación o compañía durante la noche, el fortalecimiento de unos servicios de proximidad gestionados por personas cercanas, el apoyo al mantenimiento de actividades tradicionales como el cuidado de la huerta o la recogida de leña para el invierno. Son actividades y servicios que, sin rehuir los apoyos de la tecnología, deben atender las carencias físicas pero también las anímicas y garantizar el abrazo, el afecto y la compañía sin convertirse en objeto de mercantilización para satisfacer los intereses de las grandes empresas que ven aquí un nuevo y suculento campo de negocio.

Cuidar, mantener, construir... Todo ello sin una visión idílica del territorio ni de la comunidad, para, desde ahí, desde lo viejo y lo nuevo, contribuir a crear una sociedad consciente de su fragilidad, de su interdependencia y codependencia con el resto de los seres que habitan el planeta; una sociedad que ponga en el centro la importancia de la ética del cuidado y la necesidad de recibir y dar afecto de las personas. Recibir afecto nos ayuda y fortalece, dar afecto nos dignifica como seres humanos y como sociedad.

Marcela no entiende su corral sin gallinas, como no entiende la vida fuera de su pueblo. Durante muchos años cuidó de su marido enfermo hasta que los hijos decidieron llevarlo a una residencia; al cabo de un año, falleció. Marcela no fue nunca a verle, no era falta de amor, era el miedo a quedarse allí para siempre.

Uxi D. Ibarlucea
COCEDER

Lavar las penas,
enjabonar las alegrías
y frotar los dolores:

LOS LAVADEROS

Con los avances en el camino de la igualdad de género, afortunadamente, nos resulta cada vez más difícil y menos aceptable encontrar lugares de reunión o trabajo diferenciados por sexos. Pero hasta no hace tanto, era bastante frecuente encontrar espacios reservados para hombres y para mujeres; generalmente, los de ellos más vinculados con el ocio, los de ellas vinculados con el trabajo.

Esta es la historia de los lavaderos, hoy prácticamente inexistentes, a pesar de que en algún pueblo se sigue conservando alguno, casi siempre restaurado como parte del patrimonio.

Josefa Rodríguez, Pepita, tiene en casa unas camelias para ir a plantarlas en los alrededores del lavadero. Para ella es el mejor sitio del pueblo y dice que hay que cuidarlo. «Siempre me gustó lavar y continúo yendo, el domingo pasado estuve casi toda la tarde. Si fuera como antes, que había que estar de rodillas, no podría, pero de pie podría estar todo el día», cuenta. Pepita, Pilar, Paulina y Sara son las únicas que siguen usando el lavadero de la aldea de Vilardecervos, Ourense.

Los lavaderos eran lugares para lavar las penas, enjabonar las alegrías y frotar los dolores, empleados exclusivamente por mujeres, después de largas jornadas de trabajo en el campo. Mientras los hombres dormían la siesta o aprovechaban un rato en el bar, ellas lavaban la ropa, los sacos de las cosechas o las mantas del invierno. Sara Luis Lorenzo, de 87 años, ahora no puede estar mucho tiempo con el agua fría, pero tiene muy buen recuerdo de los momentos pasados allí. «Los hombres en el bar y las mujeres, todas en el lavadero. Cada una contaba su vida y nos reíamos mucho. Era el único sitio donde nos veíamos solas, además de en la fuente». Cuenta que siempre estaba lleno y que antes de que lo restauraran era mucho más grande. Venían en tandas, se hacía turnos por casas. Cuando llegaban, se saludaban con un «Dios te ayude» y las presentes contestaban «venga con Dios». Y así se daba entrada a una charla sobre lo cotidiano, el trabajo realizado por la mañana, la comida, las visitas, las anécdotas, las cargas familiares..., y también sobre el cansancio, la falta de reconocimiento del trabajo femenino



Lavadero de Vilardevós, Ourense.
Foto: Tamara Balboa



Lavadero de Vilardevós, Ourense ▲▶▼
Fotos: Tamara Balboa



y sobre todo aquello que fuese surgiendo. Era común ayudarse unas a otras. «Cuando alguna pasaba algún tiempo sin venir, era porque algo raro pasaba, porque estaba mala o había alguna persona de la casa mala, entonces siempre averiguábamos y nos preocupábamos por ella», cuenta Pilar Falgueira, que reconoce orgullosa que no usa la lavadora.

Si la ropa estaba demasiado sucia o la ropa blanca amarilleaba, la dejaban un rato con jabón al sol. Era un trabajo de esmero, ya en cierto modo querían mostrar su buen hacer ante las vecinas. Pepita recuerda con cariño las historias que contaba *la Rosa* mientras lavaba, «siempre decía que no quería lavadora; esa mujer dejaba la ropa preciosa».

En invierno el trabajo era más duro por las gélidas aguas que hacían que las manos se les agarrotasen, pero el cansancio físico era menor, por ser menos la carga de trabajo en el campo. Aunque las condiciones habían mejorado mucho con respeto a los lugares para lavar, casi siempre de rodillas, en ríos o regatos.

Era inconcebible que los hombres entrasen al lavadero, las propias mujeres se reían de ellos y les decían que no les nacería la barba o que se les caería. Si acaso, ayudaban a cargar las tinas de ropa, cuando no lo hacían las lavanderas en la cabeza con un paño enrollado para que no les hiciera daño, como si de una obra de equilibrio se tratase. Se decía que si la tina se te caía es que todavía no tenías el suficiente juicio.

La limpieza del lavadero también era trabajo exclusivamente femenino, cada una o dos semanas, se organizaban por amistad o vecindad entre tres o cuatro. Pepita recuerda que solía hacerse



en fin de semana: «Ese día, los niños del pueblo siempre venían a ver si encontraban monedas que se hubiesen caído de algún pantalón», explica.

Hoy se siguen manteniendo en algunos pueblos, sobre todo para el verano ante la escasez de agua, para lavar aquello que no cabe en la lavadora o por nostalgia. Afortunadamente ya se empiezan a ver hombres, ya no se les cae la barba, ya lavan y participan en la limpieza con total normalidad.

Tamara Balboa
Vecina de Vilardecervos

Revista SABC

ENTREVISTA A TAREIXA LEDO REGAL

FACILITADORA DE ESPACIOS GRUPALES DESDE LA TERAPIA DE REENCUENTRO



CONVERTIR LOS CUIDADOS,
EL 'BUENTRATO',
EN CATEGORÍA POLÍTICA

Entrevista íntegra [en castellano y en galego] disponible en nuestra web

Tareixa Ledo Regal nació en Galiza en el verano de 1961. A los 5 años marchó a vivir a la *banlieue* parisiense, donde se crio. Allí pudo experimentar el desenraizamiento que provoca la emigración, lo que significa vivir en la periferia, huérfana de tierra. De allí heredó espíritu republicano y de izquierdas. Más tarde, ya en Euskadi, se licenció en Ciencias Políticas y Sociología y en esa tierra pudo aprender la importancia de formar parte de un pueblo con cultura y lengua propias.

Los tiempos en la aldea, en los veranos de la infancia, hicieron surgir en ella una atracción vertebradora por el mundo campesino que la llevó, terminada la licenciatura, a asentarse en una aldea de Abadín (Lugo) donde vivió durante 15 años. Su dedicación profesional se centró en esos momentos en el trabajo comunitario con la gente campesina.

Desde 2002 y durante unos 10 años, trabajó en el Sindicato Labrego Galego - Comisiones Labregas (SLG-CCLL), una organización con la que llevaba colaborando décadas. Primero desempeñó su función como técnica en el equipo de la macrocomarca de Ordes (A Coruña) y más adelante en tareas de formación interna con el objetivo de favorecer la implicación de las personas afiliadas y trabajadoras en los procesos de representación y toma de decisiones dentro de la organización.

En todas sus experiencias laborales y vitales, anidó desde siempre un ansia espiritual de colaborar en la transformación social y en la pacificación de la dimensión interna de las personas. Con esa pretensión de fondo, decidió formarse en Estudios de Género y en Terapia de Reencuentro y, a partir del año 2013, centró su actividad profesional en la facilitación de procesos grupales, personales y de pareja desde ese enfoque terapéutico.¹ Hoy, sigue siendo una mujer en camino, habitada por el deseo de emancipación personal y colectiva, que apuesta por construir *buentrato* en su vivir cotidiano; una mujer feminista que sueña con esos otros mundos posibles y quiere contribuir a que se vayan haciendo realidad en la sociedad, en las relaciones, y también en la intimidad del hogar y de la cama.

¿Qué son para ti los cuidados?

Los cuidados son todo eso que hacemos para que la vida sea posible: la nuestra, la de las personas que tenemos alrededor, la de los animales y de las plantas, la del planeta... Los cuidados han estado históricamente a cargo de las mujeres y por eso nunca han tenido un valor social a pesar de ser imprescindibles para la vida y para la reproducción de la vida. Que alguien me dé de comer, me asee o me dé cariño..., todo eso es lo más básico para hacernos personas. Hace solo unos decenios que empezamos a nombrar y visibilizar esas numerosas tareas de lo cotidiano, a comprender su papel en nuestra supervivencia como individuos y como especie, su función para la cohesión y la vertebración social, para la calidad y el bienestar de nuestras vidas. Estamos articulando estrategias para poner esos saberes seculares en el centro de la vida económica, política, social, relacional, de lo cotidiano...

¿Te parece que el sistema capitalista y el patriarcado deterioraron el significado y la práctica de los cuidados?

El capitalismo no entiende de todo esto. Su centro no es la vida, sino el dinero, la ganancia económica, aun depredando recursos, oprimiendo personas, dañando animales, arruinando el planeta. Y el patriarcado tampoco sabe de cuidados. Es un modelo basado en la violencia que se instaló alrededor del 3000 a. C.,² y que sistemáticamente dicotomiza y jerarquiza las diferencias: ser humano/naturaleza, hombre/mujer, blanco/no blanco, con estudios/analfabeto, rico/pobre... Siempre un más y un menos: crea relaciones jerárquicas, relaciones de poder. Es un modelo de violencia contra las mujeres, contra las otras especies, contra la naturaleza. Es un modelo de maltrato.

Ese maltrato en nuestra sociedad parece ser endógeno. ¿Qué papel tiene el movimiento feminista a la hora de transformar esto?

El maltrato, efectivamente, es endógeno a este modelo neoliberal-patriarcal. El movimiento feminista está resituando la importancia de los

2. Las culturas matriarcales duraron aproximadamente desde el 30.000 a.C. hasta el 3000 a.C. según las investigaciones arqueológicas más recientes, iniciadas por Marija Gimbutas en los años cincuenta.

1. Más información: reencontrogaliza.wordpress.com

“ Para una práctica verdaderamente transformadora en la dimensión social, necesitamos trabajarnos en lo personal con mucho empeño. ”

cuidados, y por lo tanto la apuesta por el *buentrato*.³ Para los diferentes feminismos, las diferencias se entienden como complementarias, creando una diversidad enriquecedora. Y todo esto tiene que ver con resituar los cuidados como valor sociopolítico, tiene que ver con ese dinamismo vital básico del cuidado de la vida.

¿Y esto qué significa para esos seres humanos socializados como hombres o como mujeres? La mayoría de los hombres, aun hoy en día, tienen poca o nula experiencia de cuidar en lo cotidiano; fueron socializados tan solo en el dejarse cuidar, en el recibir. Para los hombres significa, por lo tanto, aprender a cuidar, aprender a dar desde el placer. Este es un camino que les toca transitar a ellos, a nuestros compañeros hombres. Y nosotras, mujeres, estamos socializadas para cuidar. Es un mandato de género inculcado que nos obliga y que nos hace sentir culpables cuando no lo cumplimos. A nosotras nos toca deconstruirlo y recuperar el cuidado fuera de la obligación, del deber, y también aprender a dejarnos cuidar, a recibir. Y recuperar el autocuidado y permitirnos disfrutarlo. Todo esto nos cuesta, nos genera

3. La doctora Fina Sanz Ramón, psicoterapeuta, pedagoga y sexóloga, es posiblemente quien más ha contribuido a analizar y desarrollar el concepto de *buentrato* desde la terapia de reencuentro, un enfoque metodológico humanista con perspectiva de género.

grandes culpabilidades. Unas y otros precisamos encontrar un equilibrio entre cuidar y dejarnos cuidar, entre dar y recibir.

Para transformar la sociedad es imprescindible, entonces, trabajar la transformación personal.

Sin ninguna duda. Para una práctica verdaderamente transformadora en la dimensión social, necesitamos trabajarnos en lo personal con mucho empeño y que eso nos ayude a sanar en el adentro toda esa violencia transmitida en la familia, en el colegio, medios de comunicación, videojuegos... De lo contrario, reproducimos en el afuera esa pelea que vivimos en el adentro y nos colocamos en relaciones de poder de dominio-sumisión. No queda otra: escucharnos y negociar en el adentro, estar en paz con nosotras mismas, para poder llevar esas prácticas a nuestras relaciones, a nuestras organizaciones, al ámbito sociopolítico.

Se suele decir que el medio rural, donde se vive en pequeñas comunidades, es un espacio lleno de conflictos; pero el conflicto es algo natural en las relaciones, no tiene por qué significar maltrato. ¿Puedes ahondar en la distinción entre ambas cosas?

El conflicto forma parte de las relaciones. Somos seres con una historia personal diferente, con gustos, expectativas, deseos, miedos... diferentes y, por lo tanto, cuando entramos en relación no siempre miramos para el mismo lugar. Pensar así las relaciones es parte del mito del amor romántico; parecería que, porque nos queremos, tenemos que compartirlo todo: sueños, amistades, tiempos... Y la realidad no es así. Eso es la fantasía de ese modelo de fusión utópica transmitido por los cuentos, las canciones de moda, las series y películas... Y cuando aparece el conflicto, no sabemos qué hacer. ¿Y qué hacer? En primer lugar, saber cómo me siento y que es lo que yo quiero, que es lo que yo necesito. Eso quiere decir escucharme en el adentro, escuchar mi cuerpo; eso es autoconocimiento. Y, a partir de ahí, validarlo y expresarlo, y escuchar también lo que quiere y necesita la otra persona. Y ver qué podemos hacer para que tú estés bien y para que yo también esté bien. Esta práctica tiene que ver con aprender a negociar y vale tanto para las relaciones de a dos (pareja, amistades...) como para resolver conflictos comunitarios o sociales, pero no es fácil de aplicar porque a las mesas

de diálogo se sientan hombres con dinanismos patriarcales.

Y lo mismo en cuanto a la dimensión organizativa: precisamos «organizaciones del buentrato» para transformar la realidad. Si una organización —ya sea una empresa cooperativa, un sindicato agrario, un partido político de izquierdas, una ONG ecologista, un colectivo feminista...— genera relaciones y dinanismos de maltrato, está reproduciendo el modelo de violencia y de relaciones de poder instalado, en el que la jerarquía y el binomio dominio-sumisión son las categorías básicas de relación.

Tú conociste de cerca algunas organizaciones, entre ellas, el Sindicato Labrego Galego (SLG). ¿Cómo es el proceso de poner los cuidados en el foco político?

Poner los cuidados en el foco de las organizaciones es para mí una preocupación de años, porque no es fácil. La dimensión organizativa es la más invisible de todas. Nos criamos y vivimos en organizaciones diversas a lo largo de nuestra vida, cada una de ellas conforma una red de relaciones estables, normativizadas, que nos constituyen, nos demandan, nos permiten y prohíben..., y todo eso pasa desapercibido. Sentimos sus efectos en nuestro cuerpo: algo nos incomoda en la reunión, notamos tensión y cansancio, nos sentimos poco valoradas, con pocas ganas de estar, nace la desesperanza... La dimensión organizativa también articula el estilo de relaciones de tú a tú: unas personas deciden y otras han de acatar; se tiende a reproducir el modelo sociocultural imperante. Es importante comprender los mecanismos que generan maltrato en nuestras organizaciones, sobre todo en las que tienen vocación de transformar el modelo social porque si trabajamos desde la creencia de que «más y más es mejor», tan solo estamos reproduciendo ese espíritu productivista propio del capitalismo.

¿Puedes poner algunos ejemplos de maltrato en las organizaciones?

Pues, por ejemplo, llevar el móvil del trabajo a casa, que hace que la organización invada nuestro espacio personal. O los modelos de liderazgo «en masculino»: ese hombre fuerte, con poder, competitivo, omnipresente, que acumula competencias, hiperresponsable, con disponibilidad completa las 24 horas, que decide unilateralmente...

Ese es un modelo de liderazgo patriarcal al que algunas mujeres se han sumado para poder cumplir con éxito en funciones directivas. Es un modelo jerárquico, que genera relaciones de poder y, por tanto, maltrato. ¡Tenemos mucho que reinventar! Y lo estamos haciendo, porque lideramos de manera diferente... Marcela Lagarde teorizó hace años sobre todo esto al hablar de los «liderazgos entrañables». En Galiza, por ejemplo, Lidia Senra fue la Secretaria Xeral del SLG a lo largo de 18 años desde ese modelo diferente, contribuyó a transformar la organización y además generó dinanismos sociales diferentes con una influencia importante en el movimiento feminista de nuestro país. Y hay muchas otras mujeres.

Nos interesa ver cómo construir organizaciones que generen *buentrato*, sea la comunidad de montes comunales de la aldea, una asociación en el barrio o el colectivo de mujeres feministas de la comarca. Ya existen iniciativas innovadoras que centran su intención en el cuidado de los procesos y de las personas, que están atentas al cómo hacer lo que hacemos, porque los lugares de llegada tienen mucho que ver con las maneras de hacer camino. Es un modelo que estamos construyendo, que está emergiendo silenciosamente, pero con

“ En Galiza, pasamos en pocos años de ‘ser da casa’ [con nuestra gente, nuestros animales, nuestra tierra...] a ‘tener una explotación agraria’ ”

firmeza. ¿Algunas prácticas de *buentrato* en las organizaciones? Claridad en cuanto a quién decide y dónde, mecanismos para una redistribución del poder y de las funciones, respeto a los espacios personales fuera de la organización (pareja, crianza, ocio...). Todo esto tiene que ver con los ritmos de trabajo: lo que transforma no es qué ni cuánto hacemos, sino cómo lo hacemos.

Y, por último, se habla mucho de los cuidados comunitarios que tradicionalmente se ejercían en ambientes rurales.

Necesitamos no mitificar los tiempos pasados y ahora que estamos poniendo en valor las aldeas y las maneras de vida comunitaria propias de los pueblos nativos, no idealizarlas tampoco. Hay que valorarlas como guías para construcciones futuras, pero no idealizarlas. Originariamente, las claves de la organización y las relaciones eran diferentes a las del modelo capitalista patriarcal actual. Eso lo fui comprobando en los años compartidos con la gente campesina en las aldeas de mi tierra: hombres capaces de un cuidado exquisito con los animales, atentos a los ritmos cíclicos de la luna..., y mujeres fuertes trabajando la tierra, llamando a los animales para labrar, decidiendo sobre las propiedades y los bienes de la casa. Unas y otros fuera de esos moldes dicotómicos patriarcales de lo femenino y lo masculino. También lo pude observar en la convivencia con la gente q'eqchi' de Alta Verapaz, en Guatemala: hombres pidiéndole permiso a la tierra para ararla y sembrar el millo... Eran otras relaciones, otras coordenadas vitales. El patriarcado y el capitalismo salvaje introdujeron modos de hacer y de relacionarse, modos de sentir de una orden

Este artículo cuenta con el apoyo de la ONGD Farmamundi, en el marco de su Programa de protección de defensores/as de derechos humanos financiado por la ACCD

PARA SABER MÁS

Tareixa recomienda los siguientes libros:

- Eisler, Riane (2005). *El cáliz y la espada*, México: Cuatro Vientos.
- Sanz, Fina (2016). *El buentrato. Como proyecto de vida*, Madrid: Editorial Kairós.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela (2005). *Para mis socias de la vida. Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres, los liderazgos entrañables y las negociaciones en el amor*, Madrid: Horas y Horas.
- Ledo Regal, Tareixa (2010). *Lidia Senra Rodríguez. A historia dun liderado entrañable*. Santiago de Compostela: Edicións Laiovento.

perversa completamente ajena a esas maneras originarias. En Galiza, pasamos en pocos años de «ser da casa» (con nuestra gente, nuestros animales, nuestra tierra...) a «tener una explotación agraria». Ese fue el cambio que trajo la modernización, tan vendida desde la Unión Europea. Fue un cambio de paradigma vital: pasar de las caricias amorosas a mi ternero al que puse un nombre y por quien lloro cuando enferma a estabular docenas de animales en una explotación agraria mecanizada y llevar la vaca al matadero cuando ya no da leche suficiente.

Necesitamos reconectar con ese espíritu originario ligado a la tierra y a la vida, un espíritu presente en todos nuestros pueblos nativos cultivado por el colectivo de mujeres desde esa función social asignada de cuidadoras de la vida. Ahora podemos reconocer su valía y su importancia en nuestra supervivencia en lo cotidiano, y transformarla en categoría política urgente para la supervivencia de la humanidad. Las mujeres tenemos un papel de máxima relevancia y protagonismo en este momento histórico. A los hombres les toca parar y mirarnos, aprender de nuestra experiencia, descubrir su lado femenino, ponerlo en valor y desarrollarlo en su quehacer diario, tanto en la intimidad del hogar como en el ámbito más público. El lema de este pasado 8 de marzo tiene la máxima actualidad y recoge esta mirada: «Sin cuidados no hay vida. Mudando el sistema, derrumbando el patriarcado». ¡Convertir los cuidados, el *buentrato*, todo ese dinamismo amoroso, en categoría política! El futuro de la humanidad depende de ello.

Revista SABC

Amal El Mohammadiane Tarbift

Envejecer feliz en el pueblo



SOBRE CUIDADOS, COMUNIDAD Y RURALIDAD



La gente de Vistabella (comarca de L'Alcalatén, Castelló). Foto: David Segarra

Paca González Nieto vive en Arriate (Serranía de Ronda, Málaga) y es octogenaria, pero no se siente vieja. Sale a comprar, pasea y lee. «A mí siempre me ha gustado ponerme los vestidos para más joven. Ya no me compro ropa porque parece que me tengo que poner la que me corresponde de vieja», sentencia riéndose. Tiene claro que no quiere acudir a una residencia, sino vivir en su casa. Recuerda con angustia y tristeza las visitas que le hacía a su amiga al centro de mayores: «Estarán limpios y tendrán calefacción ahí, pero no tienen calor humano, de hogar. Por eso, yo quiero envejecer en mi casa».

Paca se ha pasado toda la vida atendiendo a su familia: «Desde que nací mi vida ha estado

marcada por cuidar y coser, trabajar y estar atenta para que los demás estuvieran bien». Su madre se quedó viuda pronto porque a su padre lo mataron en la guerra en el 39, así que tuvo que aprender a cuidar cuando apenas tenía 8 años. Echa de menos delinear sus dibujos como antes, algo que ya no puede hacer por un problema en la retina. Vive sola, aunque su hija y sus nietas la visitan a menudo. Siente anhelo de vivir acompañada, pero no quiere que su familia «se pele por no cuidarla». Quizá para tranquilizarlas, lleva siempre colgado al cuello el dispositivo de teleasistencia.

Manolo Mora (Cuevas del Becerro, Málaga), de 67 años, se prejubiló hace bastante tiempo debido a una enfermedad crónica y no siente,



“ La ayuda a domicilio no debería privatizarse bajo ningún concepto, porque, además de precarizar el servicio, no generaría empleo digno. ”

a diferencia de Paca, ese deseo de compañía. Es uno de esos hombres que han decidido vivir solos, relacionándose en su cotidianidad con otras generaciones. Le encanta el flamenco y contar historias de los cantaores que conoció cuando vivió en Jerez de la Frontera. «A mí siempre me ha gustado el intercambio de saberes. Una cosa importante aquí es que la gente joven se interesa por el conocimiento de los mayores y, a su vez, a los mayores les gusta ver que los adolescentes quieren estar en sus pueblos», recalca.

Para Manolo, mantenerse ocupado y aprender de lo que le rodea es vital, y también hacer lo posible para transformar aquello que considera injusto. Mientras ríe a carcajadas dice que se siente un bicho raro por ser tan inquieto a su edad. «Me gusta estar activo, colaborar en proyectos solidarios, organizar actividades y formar parte de los procesos culturales y asociativos del pueblo, ya sea para aprender corrientes nuevas de pensamiento, tomar algo con los jóvenes o escuchar qué dicen y piensan».

Estos mensajes claros y contundentes no solo salen de la boca de Paca y Manolo. Irati Mogollón García y Ana Fernández Cubero, autoras del libro *Arquitecturas del cuidado: viviendas colaborativas y*

envejecimientos activistas (Icaria Editorial, 2019), han preguntado a cientos de personas mayores cómo quieren envejecer. Cubero expone que hay tres situaciones claras: el miedo a ir a una residencia geriátrica, el no querer ser cuidadas por sus familias y que estas no puedan hacerlo. Las autoras confirmaron con su investigación lo invisibilizadas que están las necesidades de este sector de la población.

Un informe del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de 2019¹ pone también de manifiesto el mayor porcentaje de feminización de la soledad en la vejez, pues a los 85 años una mujer presenta cuatro veces más posibilidades de vivir sola que un hombre. Esta cuestión es importante, pues se suma a la invisibilización del trabajo de cuidados realizados por mujeres (en su mayoría, con más intensidad entre los 45 y los 64 años).

Feminización de los cuidados, feminización de la soledad en la vejez... Parece que lo femenino y lo invisible se llevan bien en todas las etapas de la vida. Cubero comenta que en las experiencias de vivienda comunitaria para mayores (alternativas a residencias de tercera edad) han observado claramente «cuán diferente es el comportamiento respecto a los cuidados en hombres y mujeres». Frente al capitalismo heteropatriarcal que construyó la sociedad sobre las espaldas de las cuidadoras, Cubero subraya que el enfoque de la economía feminista es central para resaltar la importancia de estas tareas y la grave desigualdad que tenemos normalizada, «máxime cuando estamos hablando de generaciones en las que los estereotipos de género estaban más marcados todavía».

Precarización del trabajo de los cuidados

El sistema capitalista ha mercantilizado la gestión de la vida, la salud y la dependencia y, en el caso de los trabajos de cuidados, los ha precarizado e invisibilizado sin darles el valor que merecen. María Margarita Robles Hurtado, trabajadora de ayuda a domicilio en el Ayuntamiento de Fuente Vaqueros (Granada), lo sabe bien. Ella tuvo que emprender una lucha sindical denunciando las condiciones laborales de las trabajadoras del sector, una lucha que finalmente ganó al

ser condenado el consistorio. «Los ayuntamientos prefieren externalizar estos servicios de cuidados a costa de precarizar a las trabajadoras de ayuda a domicilio privatizando el trabajo. Pagan tarde y, encima, lo hacen a muy bajo coste, 4 euros la hora, con turnos partidos que impiden la conciliación familiar, realizando contratos en fraude de ley», denuncia Robles desde el Sindicato Andaluz de Trabajadores (SAT).

En Andalucía muchos consistorios ofrecen la licitación de la gestión de ayuda a domicilio a empresas terceras multiservicios como ADL, CLECE o Arquisocial sin vigilar que cumplan con los servicios que deberían realizar. EULEN es otro de los grandes grupos empresariales que cubren estas demandas en el ámbito estatal. «La ayuda a domicilio, un sector que tiene nombre de mujer, no debería privatizarse bajo ningún concepto, porque, además de precarizar el servicio, no generaría empleo digno. Es necesario en el mundo rural este cuidado porque es una salida laboral importante para las mujeres, ya que el campo cada vez tiene menor mano de obra. Por eso en el SAT creemos que debería ser un servicio público y de calidad», señala Robles. Añade que una de las misiones del SAT es asegurar que las personas atendidas puedan hacer vida en comunidad y, más aún, teniendo en cuenta la importancia de la ayuda a domicilio en el mundo rural como herramienta contra la despoblación, ya que asegura que estén atendidas en sus casas sin que se vean obligadas a ir a residencias o a casas de familiares en la ciudad.

Aportes desde el cooperativismo

Estos cuestionamientos sobre cómo se ejercen los cuidados en el medio rural desde los servicios públicos nos animan a preguntarnos por las propuestas comunitarias y de la economía social y solidaria. ¿Pueden compaginarse unos cuidados de calidad con la dinamización de las zonas rurales? La cooperativa Cuidem Lluçanès, tras investigar las necesidades que tiene la subcomarca del Lluçanès (Barcelona), descubrió que había un paro femenino elevado y que, en muchos casos, se debía al trabajo que muchas mujeres desarrollan en la economía sumergida. Con el apoyo de la Generalitat de Catalunya, decidieron fundar una cooperativa que mirara con especial atención los cuidados en las zonas rurales con el fin de que las personas mayores tengan un envejecimiento digno y ofrecer trabajo a la población local. La

coordinadora, Sandra Martínez Díaz, asegura que, para que esta idea funcione y prospere, las personas deberían confiar en que la filosofía de los cuidados debe ser comunitaria y estar ligada al territorio.

En Cuidem Lluçanès, aunque su formación es reciente, son conscientes de que competir con empresas privadas que prestan servicios de asistencia domiciliar a personas mayores es difícil, y resistir en un proyecto donde los cuidados estén por encima de las prestaciones básicas también lo es. «A la población le cuesta comprender la necesidad de cobrar un poco más por estos servicios para mantener unas condiciones laborales dignas a las personas contratadas», cuenta Sandra. Como fórmula, apuestan por un cambio en las dinámicas de trabajo y en la responsabilidad sobre la concepción de los cuidados. «Cómo trabajamos y nos cuidamos entre nosotras es fundamental en este proyecto», recalca la coordinadora.

Generar trabajo en entornos rurales con un enfoque de cuidado del territorio también le preocupa a Raiels, otra cooperativa que intenta revitalizar los municipios con una alta tasa de senectud de las comarcas de Lleida. «Tenemos que ver el envejecimiento como un reto con el fin de ofrecer servicios de proximidad a estas personas para que puedan estar el máximo tiempo posible en sus lugares de residencia, y que no tengan que abandonarlos», comenta Núria Alamon i Beas, cofundadora de Raiels.

Uno de los inconvenientes principales que destacan estas cooperativas son los problemas de movilidad de las personas mayores, quienes «en muchos casos, no pueden conducir, o no se pueden desplazar con soltura, o simplemente dependen de sus hijos, muchos de los cuales han emigrado o viven lejos». Núria añade que a esta situación se suma la soledad y la falta de servicios básicos que apuesten por un envejecimiento digno.

La acción de muchos jóvenes profesionales de entornos rurales se centra en desarrollar proyectos de este tipo, que apuestan por gestionar la cohesión social y territorial promoviendo un trabajo cooperativo de cercanía para sus mayores. La cooperativa Cuidem Lluçanès está formada por un equipo de diez personas trabajadoras, 180 socias de consumo y siete colaboradores (ayuntamientos). No solo ofrecen servicios básicos como la limpieza, la ayuda a domicilio o el acompañamiento hospitalario, sino que también

1. AA. VV., [2019] «Un perfil de las personas mayores en España, 2019», Madrid, *Informes Envejecimiento en red*, n.º 22



Les Useres (comarca de L'Alcalatén, Castelló).
Foto: David Segarra

organizan actividades para mejorar las condiciones de vida de las personas que quieren instalarse en los municipios de la comarca, como clases de catalán para personas migrantes o talleres de empoderamiento a mujeres. «Desde crear un *cohousing* como alternativa a las residencias o acompañamientos a los huertos comunitarios hasta el abordaje emocional y psicológico de la realidad de cada persona», subraya Sandra.

Como dice Núria, de Raiels, «si hay unos servicios adecuados que cuiden a las personas en su proceso de envejecimiento, menos se saturarán los servicios de sanidad, que es uno de los problemas que tenemos en este país». Con esta idea y tras el estudio encargado a Raiels sobre cómo responden los servicios de proximidad a las necesidades de las personas mayores de la comarca de Les Garrigues, surgió la plataforma EMPIC. Esta cuenta con la adhesión de 16 ayuntamientos de la comarca, que aportan una cuota anual a cambio de tener acceso a las actividades y los servicios que ofrece la plataforma. Podología y fisioterapia, talleres de manualidades, nuevas tecnologías, baile, risoterapia, memoria o gimnasia son

algunos de los servicios prestados, que disfrutaban unas 400 personas, y que ha generado empleo para 13 profesionales. Al ser servicios mancomunados itinerantes, Núria cree que a las personas mayores les saldrá más a cuenta y podrán seguir viviendo en sus pueblos. Porque, para Raiels, las raíces de un territorio tienen la misma función que las raíces de una planta: arraigarse a la tierra para darle estabilidad y facilitar su crecimiento y esplendor.

Resistencia y arraigo: una apuesta por la convivencia intergeneracional

Luchar por un mundo rural vivo es el lema del Bloque Rural Joven, una iniciativa que nace en Palencia con el objetivo de revitalizar sus pueblos. Esta agrupación autogestionada cuenta con 150 jóvenes, en su mayoría de la pequeña localidad de Cevico de la Torre y alrededores. Lo tienen claro, quieren aprender de sus mayores. «Ellas nos enseñaron a amar a nuestros pueblos y por eso hoy no nos queremos marchar. La lucha por un medio rural vivo es intergeneracional, uniendo bajo un mismo motivo a mayores y pequeñas», resaltan

“ La filosofía de los cuidados debe ser comunitaria y estar ligada al territorio. ”

desde la asociación. Organizan actividades dirigidas a personas mayores, algunas de ellas ya viven en residencias, generando espacios de encuentro muy diversos como visitas al huerto escolar para enseñar a las más pequeñas a cuidar la tierra.

María Alba Salvador, una de las integrantes de la asociación, habla con especial cariño de los intercambios de aprendizaje que realizan con mujeres de entre 60 y 70 años: «En general, a las personas mayores les encanta participar en las actividades y es curioso que suelen ser las mujeres las más activas. Nosotras vamos a sus casas y nos enseñan a coser y, a cambio, les damos talleres de gestión emocional y de informática. Esto nos enriquece porque mutuamente aprendemos lo que no sabemos». Además, han formado un club de lectura, donde todos los jueves se reúnen para comentar libros o artículos; para ellas es una experiencia «muy enriquecedora».

En el municipio riojano de Nalda, la Comunidad Cuidadora organizada por la asociación local El Colletero, atiende los procesos comunitarios de cuidados de la población más mayor a partir del conocimiento del entorno. La atención primaria de la salud, que se lleva a cabo en alianza con trabajadoras sociales del pueblo, es la base del trabajo que desarrollan, aunque han conseguido ofrecer una cobertura integral de lo que la gente necesita. Disponen, además, de un servicio de ayuda a domicilio que complementa al servicio público, porque consideran muy importante ofrecer a las personas mayores la posibilidad de vivir en sus casas con apoyo y seguridad. «Basta con salir a la calle a preguntar, porque conocemos el pueblo y lo que quiere la gente en cada momento», asegura Raquel Rodríguez,

integrante de la organización. Esta forma tan sencilla y efectiva de entender el apoyo mutuo nos acerca a las formas tradicionales de cuidado que siempre existieron en las zonas rurales.

El Colletero organiza actividades enfocadas a rescatar los conocimientos de sus mayores para valorar y visibilizar el importante aporte que tienen en la sociedad, ayudando a que otras generaciones recuerden estos saberes y los repliquen. «Los niños, a menudo, preguntan a sus abuelos cómo cultivar los huertos escolares y estos les aconsejan. Para nosotras, esta memoria biocultural es fundamental. Recoger las experiencias de las personas ancianas, por ejemplo, sobre lo que se hacía aquí con los cereales, es una manera de conservar y fortalecer sus conocimientos», explica Raquel.

El trabajo comunitario como forma de resistencia y para poner en valor la vida es lo que también reivindican desde Tronceda (Galiza), una pequeña aldea de 33 personas, que concibe los cuidados de la mano de la intergeneracionalidad, incluyendo las perspectivas feminista, ecologista y de la economía social y solidaria. José Cófreces, repoblador de la aldea abandonada que resurgió en los años sesenta, señala: «Queremos superar la dinámica de las residencias y no queremos una mecánica industrializada de los cuidados que se deja en manos de empresas, porque se aparca a las personas mayores y no se tienen en cuenta sus historias de vida».

Para quienes habitan Tronceda, los cuidados y la naturaleza forman parte de la condición vital para vivir mejor y más felices, del acompañamiento y el cuidado de la tierra y de sus habitantes. Cófreces recalca la importancia de hablar y pensar conjuntamente sobre cómo queremos envejecer, romper con los prejuicios que tenemos de que las personas mayores se resisten a los cambios, reflexionar sobre alternativas de cuidados para un envejecimiento autónomo y transformador con el fin de construir de forma conjunta procesos de envejecimiento activo y digno en nuestros pueblos.

Son retos a los que nos enfrentamos y hacerlo en comunidad parece la mejor opción.

Amal El Mohammadiane Tarbift
Periodista e investigadora en Comunicación Social

Isidre Domenjó

LAS MUJERES DEL BOSQUE

EL ANTIGUO OFICIO DE LAS "TREMENTINAIRES" EN EL VALLE DE LA VANSA Y TUIXENT

Conocían en profundidad los valores terapéuticos de las plantas que crecían en los bosques del valle y eran expertas elaboradoras de remedios caseros preparados con ingredientes naturales. ¿Por qué no aprovechar esa sabiduría popular, transmitida de generación en generación, para paliar la débil economía familiar? Ahí es donde se localiza el origen de un oficio que, a lo largo de siglos y hasta hace escasamente 40 años, ejercieron centenares de mujeres del valle de la Vansa y Tuixent, en el Prepirineo catalán. Hablamos de un valle al que, aun hoy en día, solo se puede acceder salvando puertos de montaña por sinuosas carreteras secundarias. Un entorno geográfico, pues, cerrado en sí mismo, alejado de los principales ejes de comunicaciones y escasamente poblado.

Así fue como mujeres de las casas más humildes de la docena de pueblos del valle empezaron a *anar pel món* (ir por el mundo), como ellas mismas decían para referirse a su oficio. Para ellas, «el mundo» era gran parte de Catalunya, principalmente comarcas del centro, el prelitoral y la costa, que recorrían andando, siguiendo caminos históricos y deteniéndose en pueblos y masías donde vender su mercancía. Uno de los productos más populares que comercializaban era la trementina, un preparado a base de resina de las coníferas y aguarrás, que se aplicaba externamente para aliviar dolores musculares, tanto de las personas como del



Trementinaires del valle de la Vansa y Tuixent. Década 1920, autoría desconocida. Cedida por Cal Casal, d'Ossera

ganado. Ese remedio es el que acabaría dando nombre al oficio: *trementinaires* (trementineras).

Pero las *trementinaires* no vivían solo de la trementina, ni mucho menos. Durante sus viajes cargaban con diversas plantas medicinales y un buen surtido de productos elaborados a partir de materias primas naturales. Así, en sacos de tela colgados a la espalda, a modo de mochilas, llevaban hisopo (*Hyssopus officinalis*), milenrama (*Achillea millefolium*), ajeno (*Artemisia absinthium*), guillomo (*Amelanchier ovalis*), hierba de San Guillermo (*Agrimonia eupatoria*) y corona de rey (*Saxifraga longifolia*), entre otras plantas que previamente habían expuesto a un proceso de secado. Por otra parte, en latas sujetas a la cintura portaban preparados tales como el aceite de abeto, la pega negra, el aceite de enebro o el aceite de muérdago, que gozaban de gran popularidad entre su clientela, sin olvidar los aceites de serpiente blanca, de víbora o de lagarto.

El viaje

Las *trementinaires* viajaban siempre en pareja. Habitualmente, una de las dos mujeres era más experimentada en el oficio, mientras que la otra,

más joven, hacía las veces de aprendiz. Nos referimos a las *trementinaires* siempre en femenino puesto que era un oficio ejercido casi exclusivamente por mujeres, con unas pocas excepciones de parejas mixtas; la más conocida fue la del matrimonio formado por Sofia Montané y Miquel Borrell, de Cal Claudi de Ossera, precisamente la pareja que en 1982 hizo el último viaje de *trementinaires*.

La mayoría de *trementinaires* hacía dos viajes anuales. El primero lo iniciaban tras la festividad de Todos los Santos y concluía pocos días antes de Navidad. La segunda salida la emprendían después de Reyes y podía extenderse hasta la fiesta de Carnaval o, en algunos casos, hasta Semana Santa. Podemos afirmar, por lo tanto, que pasaban aproximadamente una tercera parte del año fuera de casa. Cada pareja tenía su propia ruta: procuraban no competir por una misma clientela. Los itinerarios más frecuentes eran los que transcurrían por el altiplano central de Catalunya para descender después hasta la costa de las comarcas del Maresme, la Selva y el Empordà. Otras rutas seguían el curso del río Llobregat, cruzando las comarcas del Berguedà, el Bages, el Vallès Occidental y el Vallès Oriental. También había desplazamientos por las comarcas de Lleida y de Tarragona. La mayoría de las paradas que realizaban era en masías y pueblos y evitaban las grandes ciudades, aunque se conocen casos de *trementinaires* vendiendo en mercados de Barcelona. Se hospedaban en las casas de la propia clientela. Las más afortunadas dormían en la habitación de invitados; las otras debían conformarse con pasar la noche en el pajar. A lo largo de los años, llegaron a estrechar fuertes amistades con algunas de las familias que eran clientes habituales. Aún hoy en día, personas mayores de diversas poblaciones de las rutas de las *trementinaires* recuerdan con cariño a esas mujeres que llegaban de la montaña cargadas de hierbas y ungüentos.

Un patrimonio cultural

Tras ese último viaje de Sofia y Miquel en 1982, las *trementinaires* entraron en el olvido. El oficio había desaparecido. No tenía razón de ser. El mundo había cambiado demasiado. Pero



Latas. Archivo fotográfico del Museu de les Trementinaires

el tránsito por el silencio fue afortunadamente breve. Conscientes de la importancia etnográfica de ese mundo de sabiduría popular que había quedado atrás, diversas personas, la mayoría del propio valle de la Vansa y Tuixent, comenzaron una minuciosa labor de reconstrucción de la memoria colectiva de esa forma de vivir que había dado carácter a unos pueblos y a su gente. Entrevistas, artículos, exposiciones..., hasta llegar a la creación del Museu de les *Trementinaires* en Tuixent, un equipamiento permanente para la divulgación del antiguo oficio de las plantas y los remedios tradicionales. Inaugurado en diciembre de 1998, el museo ha recibido desde entonces más de 100.000 visitas y ha generado multitud de actividades, entre las cuales destaca con luz propia la Festa de les *Trementinaires*, la cita anual con el universo de la naturaleza terapéutica.

Quienes habitan el valle de la Vansa y Tuixent sienten orgullo de sus antepasadas, las mujeres del bosque que tuvieron que sacrificarse para sacar adelante sus familias, alejadas de ellas durante los meses más fríos del año, recorriendo sendas interminables para llevar pequeñas dosis de salud a centenares de personas. Hoy, el valle es sinónimo de *trementinaires*, las mujeres que nunca se irán porque su gente nunca las olvidará.

Isidre Domenjó
Museu de les Trementinaires

«No estamos aquí por dinero»

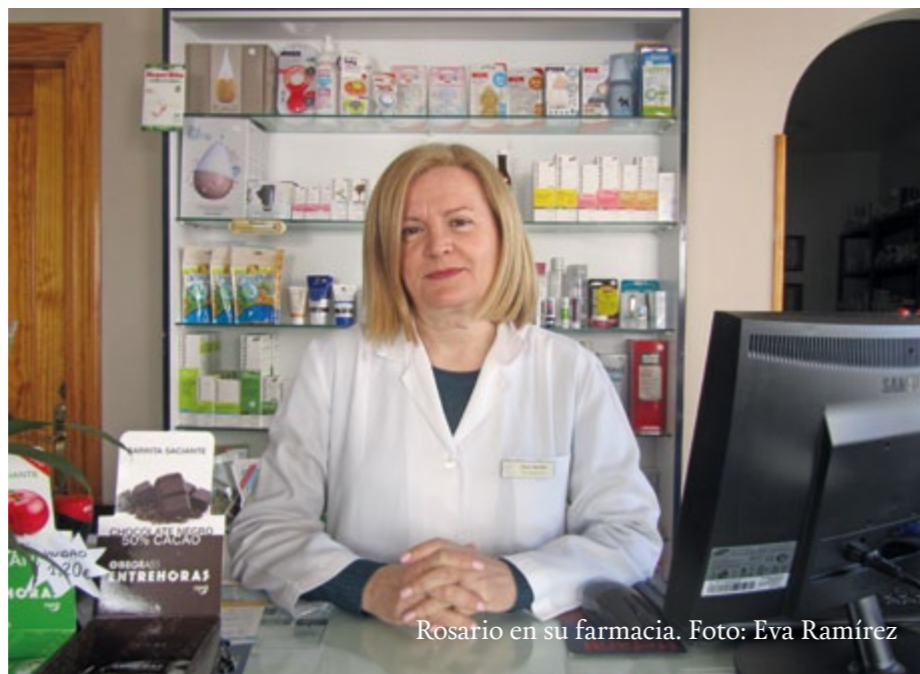
ROSARIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ,
FARMACÉUTICA DE ALMÓCITA [ALMERÍA]

Hace casi 20 años que llevo yo sola la farmacia de Almócita, a unos 5 km de Canjáyar, el pueblo en el que nací y vivo. Esto es como una ONG. No tiene nada que ver con trabajar de farmacéutica en una ciudad; de hecho, estuve 10 años trabajando en Almería, en un barrio nuevo, con mucha gente joven y muchos niños, y es totalmente diferente. Aquí la mayoría de la gente es mayor y hay quien viene casi cada día, se van llevando los medicamentos poco a poco porque les sirve de distracción para poder salir, hablar, contarte lo que les duele, sus problemas... Haces un poco de psicóloga también. Las farmacias tan pequeñas en pueblos tan pequeños somos el único referente sanitario que tienen cerca. Aquí no hay médico, viene al consultorio un par de horas dos días a la semana. Si

hay algún enfermo, se le llama y va a la casa, pero para cualquier duda o problema cotidiano, el primer contacto es la farmacia, en los pueblos estamos siempre de guardia. El horario es el comercial normal, pero la gente tiene mi teléfono y me llama a cualquier hora cada día: «¿estás cerca, vas a venir?».

Esta es una de las Farmacias VEC (Viabilidad Económica Comprometida), entonces tenemos una pequeñísima ayuda para el alquiler del local, unos 100 euros el mes pasado, totalmente insuficiente. Pero no, no estamos aquí por dinero. Antes se podía vivir,

pero ahora es casi inviable, se han ido muriendo las personas mayores o yéndose a residencias y ha bajado muchísimo la población. No sé cuánto tiempo podré seguir aquí. Si la cosa se mantiene, es gracias también a que las familias de la gente del pueblo, en vez de comprar en la capital, compran aquí para hacer que esto se mantenga, porque solo con las personas del pueblo es difícil. ¿Qué se perdería si se cerrara la farmacia? Uy..., hay muchísima gente aquí sin hijos, no tienen coche para desplazarse, tendrían muy difícil ir a otro pueblo para comprar la medicación.



Rosario en su farmacia. Foto: Eva Ramírez

“ En los pueblos estamos siempre de guardia. ”

Por otro lado, hacemos guardias como las farmacias grandes. La semana que viene me toca una semana entera de guardia y tengo que estar disponible 24 horas en las que no viene nadie. Eso seguramente habría alguna forma de arreglarlo.

Estoy muy a gusto, tengo mucha calidad de vida, la gente es muy buena y te trata muy bien, y por eso estoy aquí. Aunque no vivo en Almócita,

soy una más del pueblo. En las fiestas vengo para comer con ellos, bailar, me gusta integrarme, ir a la procesión, participar de todo lo que pueda. Yo volví al pueblo hace veinte años porque tenía un niño pequeño y quería que se criara en el campo como yo y que aprendiera los valores de la gente sencilla que vive en el pueblo, que pudiera jugar en la calle, en la naturaleza... Eso no

lo aprendes en una ciudad. Esta gente no la hay en una ciudad, ni tampoco estos valores. Por eso estoy aquí, y por esa gente buena, por eso no me he ido, porque se merecen que haya una persona cuidando de ellos.

Rosario Sánchez Jiménez
Farmacéutica en Almócita [Almería]

«En los pueblos el concepto ‘comunidad educativa’ cobra todo su sentido»

GUILLERMO JOVÉ, PROFESOR DE SECUNDARIA

- ¡Profe! Ayer vi tu coche debajo de mi casa.
- ¡Anda! ¿Y cómo sabes cuál es mi coche?
- ¡Pues porque es el único coche verde de todo el pueblo!

Esta breve conversación quizás sintetice mejor que nada lo que significa ser profesor en el medio rural. La cercanía con el alumnado se forja día tras día porque es inevitable no estar en contacto, aquella calle larga que sale del pueblo solo tiene un posible desenlace: el Instituto de Secundaria. Así pues tus compañeros y compañeras de trayecto cada mañana son, irremediablemente, tus propias alumnas. Y, por supuesto, en absoluto desaprovechan esa oportunidad: «Profe, ¿es muy difícil el examen de hoy?».

Saben cuál es mi coche y cuál es la casa en la que vivo, me ven tender la ropa en el balcón, saben cuándo salgo a correr, cuándo me quedo en casa y cuándo he ido a tomar algo porque nos cruzamos en los bares el sábado por la noche. Esta cercanía rebaja la barrera profesor-alumno, pero no por ello se pierde el respeto, simplemente dejan de verte como un extraño para entender que eres una persona normal y corriente.

Cuenta el director de mi instituto que una tarde de noviembre llamaron a su puerta y al abrir se encontró frente a

frente con un alumno al que había castigado esa misma mañana por pegarse con otro en el recreo: «Te has dejado las llaves puestas en la puerta, guárdalas antes de que alguien se las lleve». Perplejo ante la escena, el director comprobó que, efectivamente, las llaves colgaban de la cerradura de la puerta: «¡Gracias!», le gritó mientras el alumno se alejaba calle abajo.

Y es que es en los pueblos donde el concepto *comunidad educativa* cobra todo el sentido. Todavía hoy impera la confianza entre las familias y el centro educativo, no podía ser de otra

“ Les enfilamos a un estilo de vida en el que escojan lo que escojan sus aspiraciones llevarán el apellido «urbano». ”

manera, pues aquí no hay colegios a la carta donde cambiar al niño o la niña en función de los caprichos de los padres y las madres. Así pues, el instituto se erige como una verdadera institución porque en los pueblos saben lo mucho que costó tener escuelas en el medio rural y el privilegio que supone mantenerlas en tiempos de recortes en todo el sistema público. No hay más que ver las caras de orgullo de las personas mayores cuando salimos de excursión a media mañana. «Ahí va el futuro», parecen pensar.

Pero no todo son bondades, hay que reconocer que esta generación de adolescentes crece ya desapegada de su entorno porque sabe que su futuro próximo es emigrar. Primero serán migrantes académicos para estudiar en la universidad y, más tarde, exiliados laborales. Volverán los fines de semana, al principio casi todos, después casi ninguno. Es probable que alguien, con el tiempo, regrese y se asiente de nuevo en el pueblo, pero a buen seguro quedarán muy pocas personas de su generación.

La España vaciada también la incentivamos desde el sector educativo porque es absolutamente imposible que con los planes educativos actuales un chaval termine la secundaria con vocación de artesano o que una chavala quiera dedicarse a la agricultura. Y así es muy difícil que no se vacíen los pueblos, les enfilamos a un estilo de vida en el que escojan lo que escojan sus aspiraciones llevarán el apellido «urbano».

Quizás esto sea lo que más duela, que los chavales enseguida agachen la cabeza para reconocer que allí en el pueblo la vida es aburrida y que se extrañen cuando siendo de fuera te quedas a vivir entre semana en el pueblo, cuando la costumbre es que la inmensa mayoría del profesorado vaya y venga cada día desde la ciudad. Sin duda, esta es una de las cosas que hay que potenciar en los institutos rurales, el apego a la tierra y el sentimiento de pertenencia sin prejuicios, porque para ser una persona libre es vital que nadie se avergüence de sus orígenes, independientemente de lo que luego decida hacer con su vida.

Guille Jové Alcalde
Cantautor y profesor de
secundaria en el medio rural



Guillermo Jové

«El virus del individualismo está desestructurando el mundo rural»

TEÓFILO NIETO, CONSILIARIO EN SAN JUAN DEL REBOLLAR (ZAMORA)

Soy el cura de 15 pueblos, todos ellos situados en la comarca de Aliste, en el oeste zamorano. Esta siempre ha sido una zona marginal, ganadera, con parcelas pequeñas de agricultura de subsistencia. Es una zona muy rica en tradiciones y en folclore, una cultura rural muy arraigada. La principal fuente de riqueza económica son las pensiones, con población muy envejecida y densidad muy baja (7 habitantes/km²). En estos 25 años que llevo aquí, la densidad ha bajado de forma impresionante. Cuando llegué había bastante población joven e infantil y esto se ha perdido.

Nací en un barrio de Zamora con un perfil muy rural que en su día fue un barrio de agricultores. Soy hijo de albañil, por eso mi primera vocación fue el mundo obrero.

Cuidados y cultura rural

Estoy entre quienes defienden la expresión *mundo rural* porque es más global, *medio rural* engloba al territorio, pero *mundo* engloba más allá: las personas y su cultura. Creo que el mundo rural no debe definirse por la economía ni la demografía sino por su cultura. Una de sus características es la cercanía con el vecino de la otra punta del pueblo y esto siempre ha conllevado roces, claro, pero también tiene una cara positiva

y contundente, que ha derivado siempre en solidaridad y cuidados. Aquí la gente recuerda muy a menudo que antes, cuando alguien terminaba de segar, no se iba a su casa, se iba a la tierra del vecino a ayudarlo a segar, era una costumbre comunal. También se daba la *vacada*: en verano se ponían en común las vacas y dependiendo del número que tenías te tocaba sacarlas a pastar más o menos días. Y respecto al cuidado de las personas, siempre se sabía cuándo algún vecino estaba pasándolo mal. Las personas más vulnerables siempre han encontrado el apoyo del vecindario. La cultura rural se define desde esta solidaridad.

La cultura neoliberal tiene el virus del individualismo, que está desestructurando el mundo rural. Una de las características de esta zona eran los concejos, donde se organizaba el trabajo y

se tomaban las decisiones comunales. Esta estructura medieval sobrevivió en pleno franquismo, pero poco a poco se ha ido desintegrando y con ella el trabajo colectivo por el pueblo. Tarde o temprano ese estar pendiente del vecino se va a venir abajo, pero todavía no, las personas mayores siguen pendientes unas de otras. A mí me preocupa más la gente joven, que no tiene tanto ese hábito del cuidado mutuo.

Otra de las características del mundo rural es esa relación con lo mágico, con lo trascendente, que luego en estas zonas ha cuajado en cristianismo, pero está más allá de la institución de la iglesia católica. El cura, de alguna manera, es un referente en ese sentido; por eso cuando alguien no se deja ayudar recurren a mí para que vaya a ver cómo está, para que al menos coma algo caliente. Y



Teófilo Nieto

si el cura de un pueblo no les hace mucho caso, buscan al del pueblo de al lado.

Autogestión de los cuidados

¿Qué papel debe tener la administración en todo esto? Es complicado. Tendría que estar atenta a la necesidad de cuidados de la población, pero creo en el principio de subsidiariedad, que defendemos desde la doctrina social de la iglesia: el Estado tiene que crear las circunstancias para que la ciudadanía pueda autogestionarse. Una de las cosas negativas que ha tenido el estado del bienestar (del que yo soy un gran defensor) es que nos ha acomodado demasiado y hemos dejado de gestionar lo que antes gestionábamos.

Poner una inyección es algo que tiene que hacer una persona formada, pero el cuidado no es solo eso, es mucho más, es la compañía, alguien que llame por ti al médico, que te acompañe a la consulta a Zamora, etc. Un bar en un pueblo no solo es un sitio donde se sirven cafés, es un lugar de encuentro. El Estado debería hacer posible que hubiera un bar en un pueblo, y no montándolo directamente, sino con exenciones fiscales. Sería insostenible que un bar aquí tuviera la misma fiscalidad que uno en Valladolid. Y promocionar que ese bar, además de ser el lugar donde ir a desayunar, sea el lugar donde conseguir la prensa o donde te guardan el pan o vendes unos tomates. Quedan pocos lugares así.

Reivindicar el empleo, la sanidad y la dignidad

Cuando hablamos de la despoblación incidimos mucho

“ Dentro de los cuidados en el mundo rural es clave revitalizar el sentimiento de la esperanza, porque es muy revolucionario. ”

en la necesidad de infraestructuras, sanidad, posibilidad de empleo... y hacen falta, pero hay otras cosas. Lo que a la gente mayor le preocupa es el sentimiento de abandono. La cultura rural ha sido despreciada. Quien se quedaba en el pueblo era quien no tenía posibilidades. Incluso ahora, la gente sigue preguntando a quien vuelve por qué lo hace si aquí no hay futuro. La propia población rural sigue contribuyendo a esto.

Ahora aquí estamos con el tema de la autovía. No hay que ser ingenuo, la autovía puede provocar más despoblación. Por ejemplo, encontramos fácilmente a personas del pueblo que tienen su trabajo de ayuda a domicilio aquí y, sin embargo, van y vienen de Zamora. ¿Por qué no viven en el pueblo? Hay que reivindicar la cultura rural desde la dignidad de quienes vivimos en los pueblos.

Hay varios sentimientos que definen a la población rural actual. Uno de ellos es la desesperanza y otro la indefensión aprendida, aprender a no defenderte. Al mundo rural le han dado tantos palos que ya no le sorprende que le den otro más y surge entonces esa certeza de que el único futuro es marcharse. Aquí en Ariste ha habido últimamente muchas manifestaciones en defensa de

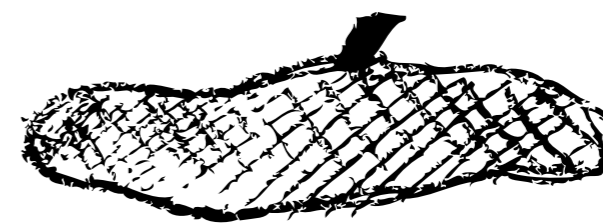
la sanidad digna con muchísima participación y yo me preguntaba si toda esa gente estaba ahí por defender una sanidad rural digna o simplemente por individualismo, protestando porque les han quitado su *médico*. Por eso, dentro de los cuidados en el mundo rural es clave revitalizar el sentimiento de la esperanza, porque es muy revolucionario. Si crees que puedes cambiar las cosas, te vas a poner a hacerlo; pero si no, es la profecía autocumplida, inconscientemente vas a generar tus propios mecanismos para no hacer lo que tienes que hacer.

A veces nos falta fijarnos más en lo positivo. Aquí hay grupos de jóvenes que están moviendo cosas. Yo creo que es importante fomentar en ellos la capacidad organizativa y la visión crítica, un antídoto contra el individualismo: que sean ellos los protagonistas, que se empoderen, que se junten y sientan que pueden y saben. Y a partir de ahí, hay que ayudarles a ver que es posible una alternativa de vida en su pueblo. No nos quedemos solo en el drama de la despoblación, sino en lo que se está construyendo y en quienes quieren quedarse.

Teófilo Nieto

Consiliario del Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos en San Juan del Rebollar [Zamora]

EN PIE
DE
ESPIGA



DESMONTANDO AL PALETO CÓMICO

Félix A. Rivas

Aunque el estereotipo del paleta gracioso hunde sus raíces en la historia de la literatura, una de sus muestras más relevantes fue seguramente la que ocupó amplios espacios del cine y la televisión en el Estado español durante el tránsito de la dictadura franquista al régimen democrático. Caracterizada como una figura elaborada y emitida por personas de la ciudad, podría estar relacionada con la gran crisis social y cultural asociada al éxodo rural producido en torno a la década de 1960.

Con traje de pana y mi boina puesta
A mediados de los años 70, Gerardo Martínez era un agente de seguros de la pequeña ciudad de Tudela que tocaba la guitarra acompañando a un dúo de jota navarra y que interpretaba personajes y guiones en festivales benéficos. En aquel mismo momento, la emisora donostiarra de Radio Nacional de España emitía un programa en el que el etnógrafo también tudelano José María Iribarren

contaba historias y curiosidades bajo el seudónimo del Señor Tomás. En 1975, el presentador del programa descubrió a Gerardo al visitar Tudela, grabó sus chistes y los incorporó a su programa. Acababa de nacer el Señor Tomás, humorista de alforja, boina y bota de vino, en cuyos chistes abundaron los personajes de pueblo que salían airoso de sus dificultades para encarar los elementos de la modernidad de aquel entonces, como entrar en un hotel de Madrid



Balanza en el riurau de Massarrojos (comarca de l'Horta de València). Foto: David Segarra

con puerta giratoria o leer el menú de un restaurante en Londres.

El mismo año de la muerte del dictador, los experimentados músicos madrileños de la Charanga del tío Honorio actuaban en el célebre programa de televisión *Estudio Abierto*, presentado por José María Íñigo, y estrenaban su caracterización de hombres cejijuntos, sin afeitarse, con boinas caladas y garrotes. El año siguiente grabaron su primer y único LP en el que contrastaban los ritmos de actualidad como el rock o el blues con expresiones tan «rurales» como «el señor alcalde» o «el riego por expresión», según sus propias palabras. En su mayor éxito, «Hay que lavalos», se reconoce que hay que mejorar los modales de pueblo, pero al mismo tiempo se exalta una masculinidad deseante y desatada, como cuando expresan para regocijo de una parte del público del momento: «¿Qué se puede hacer con las mozas casaderas? Hay que ligalas, hay que tocalas».

Aunque fue su gran éxito, la auténtica canción del verano del aquel año fue «La Ramona», compuesta por el periodista andaluz Lauren Postigo e interpretada por el actor zaragozano

Fernando Esteso. El triunfo de la canción, que ahora podemos calificar con acritud como gordofóbica, fue tal que el año siguiente dio título a una revista de variedades que estrenó en Madrid la compañía del actor aragonés, y hoy en día todavía sigue resonando en verbenas y discomóviles de las fiestas de nuestros pueblos.

En 1978 se estrena la película *Vaya par de gemelos*, protagonizada por partida doble por el célebre actor Paco Martínez Soria. En ella, Lucas es un paisano de Tarazona con marcado acento aragonés que, mientras come, se limpia la boca con las mangas de la camisa, y que sufre la tiranía de Mariana, su mujer, un poco bruta aunque de buen corazón. Su boina y su frecuente expresión de pasmo recuerdan bastante al Tío Agustín de *La ciudad no es para mí* (1966), paradigma de la figura del paleta cómico en el cine y una de las películas españolas más vistas de todos los tiempos.

Otra ilustre figura que aparece con frecuencia en aquellos años en TVE, por ejemplo en el programa *Aplauso*, es la Doña Rogelia de la conqueña Mary Carmen y sus muñecos. Con la cabeza cubierta por un pañuelo y vestida

de luto, esta anciana de un figurado pueblo de la serranía de Cuenca resulta ser deslenguada, gruñona, católica y puritana, pero al mismo tiempo también declarada amante del vino y el sexo. Y no le tiene ningún miedo a enfrentarse a las nuevas tecnologías que irán llegando con el tiempo como el ordenador, el microondas o el cajero automático.

Otro célebre programa de TVE, *625 líneas*, acogió de manera fija el año 1980 al personaje de Don Cirilo, interpretado por el actor madrileño Juanito Navarro, de nuevo prototipo de paleta gracioso con boina y cayado, haciendo de pareja en los escenarios con Doña Croqueta, una extravagante turista estadounidense con la que compite en número de palabras «mal dichas», aunque ambos por diferentes motivos. Las historias que cuenta de su pueblo están protagonizadas por un tipo de hombre rural embrutecido y simple, hasta el punto de proclamar con orgullo de su pueblo imaginado que «hay burros, muy burros y de Villanueva del Conejar».

A comienzos de la década de los 80 comienzan, prácticamente en paralelo, la carrera profesional del zaragozano Miguel Ángel Tirado con su personaje de Marianico el Corto y la del valenciano Manuel Melià con el suyo de Don Pío. El primero con boina, chaleco y gayata, y el segundo también con faja pero con blusa negra y gafas gruesas, representaron a sendos rústicos de Aragón y la huerta de Valencia, y llegaron a coincidir años más tarde en el programa de TVE *No te rías que es peor*. Además de sus apariciones en la televisión y en múltiples escenarios y espectáculos, ambos grabaron exitosas cintas de casete al igual que los ya nombrados Señor Tomás, Don Cirilo o Paco Martínez Soria. Este último retomó su presencia protagonista en la pantalla del televisor con la emisión en 1983 de un ciclo de sus películas en TVE que arrancó precisamente con *La ciudad no es para mí*.

Al año siguiente, por finalizar en algún momento este apresurado recorrido, otro famoso programa de TVE, *Superstar*, contaba con la intervención habitual del ventrílocuo madrileño José Luis Moreno y, especialmente, de Macario, uno de sus conocidos muñecos. Ataviado con boina, peto de pana y un espeso bigote, este personaje extremadamente machista, malhablado, escatológico y primario, fue uno de los grandes éxitos entre las décadas de los 70 y los 90 de uno de los profesionales más

influyentes y poderosos aún hoy en día de la televisión en el Estado español.

Una figura para un rural menospreciado

Este breve repaso podría ser suficiente para caracterizar a grandes rasgos la figura del paleta cómico a finales de los 70 y comienzos de los 80 del siglo XX como un personaje casi siempre masculino, que suele presentar características atributos corporales (el entrecejo sin depilar, la barba mal afeitada, la falta de algunos dientes), de indumentaria (la boina, el cayado, la faja, el blusón) o de lenguaje (dicción o palabras consideradas rurales e incorrectas, dificultad para reproducir palabras del léxico técnico o científico, etc.) que denotaban su condición inculta, poco civilizada y de clase baja.

Su actitud y manera de comportarse contribuían en gran medida a esa impresión: es habitual que estos personajes se tropiecen, trasgredan las reglas de cortesía en la mesa, se muestren aturridos o desorientados en situaciones consideradas modernas como una calle con tráfico denso o una conversación con una persona de habla inglesa, que no escondan acciones corporales habitualmente ocultadas como mear, cagar o follar, muestren un deseo sexual no contenido...

Merece la pena destacar que algunos de ellos, a través sobre todo de determinados rasgos característicos de su expresión oral, presentan un origen geográfico concreto (los hay de la Ribera de Navarra, de Aragón, del País Valenciano y de la provincia de Cuenca) mientras otros parecen querer reproducir un indeterminado o estereotipado modelo de habla rural.

El otro aspecto que define esta figura, además de su carácter de paleta (es decir, persona del rural e ignorante de reglas y valores sociales modernos o hegemónicos), es su faceta cómica, pues en todos los casos descritos fueron unos personajes cuya finalidad (expresada verbalmente por algunos de los actores que los representaban) era la de hacer reír.

En aquellos años, la figura del paleta cómico fue una actualización de uno de los estereotipos más difundidos de las personas rurales que, como toda elaboración cultural, podía reflejar o pertenecer parcialmente a una realidad determinada, pero también la sustentaba o contribuía a construirla. Por esa razón este

estereotipo servía de muestra y al mismo tiempo de herramienta de construcción de la idea y la realidad de aquello que era estereotipado, en este caso, las personas rurales y el rural por extensión.

Mirando desde el campanario del pueblo

El pasado mes de octubre, el presidente del Gobierno de Aragón Javier Lambán declaraba de forma peyorativa en un mitin que el parlamento no se podía llenar de «partidos que defienden la visión a la que alcanzas si uno se sube al campanario del pueblo». Declaraciones como esta refuerzan la idea de que, a estas alturas, no podemos permitir que el rural siga siendo sobrentendido como algo inferior, no válido o subalterno, idea a la que ayudó a contribuir la figura del paleta cómico como personificación de lo que diversos autores han calificado de identidad deteriorada, herida colonial o autoodio.

Ya en el año 1976, el periodista asturiano Juan Cueto, conocido posteriormente como impulsor del término *progresía*, alertaba en una columna del diario *El País* titulada «La moda de los paletos» sobre aquel «revival de la paletidad nacionalsindicalista en plenas vísperas democráticas y en los programas de mayor audiencia», apuntando con precisión hacia una posible explicación del fenómeno: «Reírse del aldeano perdido en la gran ciudad es una de las más eficaces maneras que existen para vacunarse contra el fantasma aldeano que todos los españoles llevamos dentro».

Dos años antes, en 1974, Fernando Esteso estrenaba un sencillo titulado «Bellotero Pop» que comenzaba con esta significativa declaración: «Con traje de pana y mi boina puesta,

soy el más bonito que llega a la fiesta». Si para el imaginario compartido por la sociedad del momento resultaba desternillante que un pueblerino con boina se creyese el más apuesto de un guateque de la época, pensemos cómo debieron sentirse al escucharlo las miles y miles de personas que, huyendo de la miseria del rural, acababan de abarrotar la periferia de las ciudades del Estado español entre 1950 y 1970.

En estos últimos 50 años han cambiado muchas cosas tanto en la ciudad como en el rural, pero seguimos soportando las consecuencias de una serie de imágenes arquetípicas e interesadas que el segundo recibe desde la primera. Imágenes burdas que niegan la diversidad de los mundos rurales y que los hacen parecer menos válidos o irreales como la de la «España profunda» salvaje y brutal, la del pueblo abandonado y en ruinas, la de la abuela cocinando con puchero y a fuego lento, la de la estampa bucólica de paisaje verde y solitario de la publicidad de turismo rural...

Visibilizar y desmontar los estereotipos a los que resulta expuesto es una labor urgente para todo colectivo infravalorado o constreñido a una posición de inferioridad y menosprecio. Que las personas rurales nos hagamos conscientes de los mecanismos de creación y difusión de la figura del paleta cómico, y de otras imágenes estereotipadas que nos afectan, puede ayudarnos a enfrentar uno de los ejes de poder o discriminación presentes en nuestra sociedad, el que menosprecia el rural según un supremacismo urbano a menudo invisibilizado.

Félix A. Rivas
Etnógrafo

PARA SABER MÁS

—Cueto, J. (1976): «La moda de los paletos». *El País* (16/05/1976).

https://elpais.com/diario/1976/05/16/cultura/201045618_850215.html

—Doraemamon (2012): «La Charanga del Tío Honorio y el humor rural en España». *Link Flamingos* (10/10/2012).

<https://linkflamingo.wordpress.com/2012/10/10/la-charanga-del-tio-honorio-humor-rural-espana/>

—Moya-Maleno, P. R. (2018). Del Tío Honorio al Tío de la Vara: la estigmatización del folklore como fuente (pre)histórica a través del «catetismo» mediático. *Revista De Estudios Del Campo De Montiel*, (Extra 2), 345-404.

<https://doi.org/10.30823/recm.0201896>

XARQ AL-ÁNDALUS

La gente de la tierra

Cuando miramos el legado rural del Mediterráneo peninsular la pregunta que nos podemos hacer es: ¿qué no es árabe? Sin embargo, las técnicas agrícolas llegaron a la península ibérica durante el Neolítico, hace milenios. Los pueblos ibero, romano y griego desarrollaron la agricultura que llegó desde los actuales Líbano, Palestina, Siria, Kurdistán, Turquía e Irak. Entre los siglos VIII y X, serían clanes imazighen* y árabes los que impulsarían la gran revolución agrícola en nuestra tierra. Posteriormente la población de Aragón, Catalunya, el País Valencià y Murcia heredaría los saberes andalusíes y los continuaría desarrollando. Todo este legado de incontables generaciones ha hecho que la huerta de València sea en el siglo XXI el área irrigada histórica más grande y activa del Mediterráneo occidental.

De todo esto hay un conocimiento claro en la comunidad científica. Y, a su manera, también en la misma huerta. Quien vive en una alquería de Alboraiá, Burjassot o Benimaclet y cultiva chufas, alcachofas, berenjenas o calabazas, regadas por acequias y azudes, entre albahacas, naranjos, higueras y albaricqueros, vive rodeado por raíces árabes y tiene una conciencia difusa de que muchas de sus cosas vienen «de los tiempos de los moros». En cambio, al conjunto de la sociedad se le ha ocultado por

siglos esta realidad. Durante la época franquista y la actual, se ha intentado imponer que la huerta fue una obra de origen romano, una tesis imperial ha quedado desfasada en el ámbito académico. Una nueva investigación confirma los estudios históricos mediante la arqueología hidráulica: la huerta de València fue una creación de las comunidades labradoras árabes e imazighen, y nació de la iniciativa campesina, de manera autogestionada. El libro que lo explica es *Los constructores de la huerta de València* (Publicacions

*. Plural de amazigh, pueblo originario del norte de África.



Balcones con motivos árabes y valencianos en Alcalà de la Jovada (comarca de la Marina Alta, Alacant). Foto: David Segarra

de la Universitat de València, 2018), del doctor en Historia Ferran Esquilache. El trabajo, que ha durado más de una década, profundiza en dos vertientes: el origen de la huerta y el sistema social andalusí rural. ¿Cómo vivían y se organizaban las primeras comunidades labradoras de la huerta?

Nace una nueva civilización

La llegada de árabes e imazighen a lo largo del siglo VIII se produjo en el contexto de las guerras civiles visigóticas, en medio de una sociedad en declive, asolada por la peste, dividida entre facciones señoriales y en plena persecución contra los cristianos disidentes y los judíos. Los combatientes de origen amazigh y árabe vencieron a los señores y reyezuelos visigodos en pocos años. Nació, lentamente, una nueva civilización formada por la mayoría iberorromana, la minoría araboamaziga y las pequeñas comunidades judías.

El origen de la población judía peninsular es ancestral, de la época romana. El historiador Thomas F. Glick planteó la posibilidad de que posteriormente llegaran comunidades judías imazighen desde el Magreb (Occidente, en árabe),

ya que los pueblos de origen amazigh también habían vivido procesos de romanización y de conversiones al judaísmo, cristianismo e islam. Incluso es posible que entre los musulmanes que conquistaron la península se encontraran también cristianos y judíos magrebíes. La comunidad judía, como la mayor parte de la cristiana y la musulmana, se expresaba principalmente en árabe.

Quizás el punto menos conocido es que, a pesar de que las sociedades iberas, romanas, visigodas, judías, cristianas y musulmanas eran patriarcales, la nueva estructura social andalusí desarrolló cambios radicales. Así, se estableció que las mujeres tenían derecho a la propiedad, derecho a la educación e incluso derecho al divorcio. En el islam y en el judaísmo tradicional, la sexualidad no es considerada pecado, sino una fuente de baraka o energía bendita y sagrada. Por eso, uno de los motivos legales de divorcio, además del maltrato, podía ser que el marido no satisfacía el placer de la mujer. En el campo y la huerta, las mujeres y los hombres trabajaban codo con codo, puesto que la economía era de clan familiar y el sistema latifundista-esclavista

hispanorromano se estaba deshaciendo. A pesar de los cambios, la organización social siguió siendo patriarcal. Sin embargo, cinco siglos después, la conquista católica aboliría, escandalizada, estos derechos. La invención de la figura de la bruja está ligada, en parte, a la existencia de mujeres rurales que se resistieron a las órdenes de la iglesia.

Cultivar es revivir la tierra

Árabes e imazighen llegaron con una bandera revolucionaria: la tierra es de quien la revive. Establecieron que aquella comunidad que sembraba un campo y construía sus propias casas era propietaria libre. ¿Qué campesino querría entonces ser siervo de un señor visigodo pudiendo ser libre? Con esta premisa se fueron deshaciendo los latifundios.

En esta sociedad que nacía se prohibió el maltrato animal y la caza por placer, puesto que se consideraba que todos los animales y criaturas formaban comunidades y naciones como los seres

humanos. La muerte de un animal para alimentarse debía de ser ritual y con el menor sufrimiento posible. La tradición profética renovada declaraba: «La tierra es tu madre, así que cuida de tu madre». En un cambio profundo, el sentido de la vida era proteger la tierra y cultivarla, con la obligación añadida de la búsqueda de conocimiento, por lo que la ciencia, la filosofía y el arte volvieron a desarrollarse.

A raíz de esta revolución, las comunidades campesinas repoblaron la llanura del río Turia con las nuevas técnicas de regadío: abriendo acequias para canalizar y distribuir el agua de riego y construyendo norias, azudes y molinos hidráulicos. El agua era considerada sagrada y de propiedad comunal, hasta el punto de establecerse que bajo ninguna condición, ni en guerra, se podía contaminar un pozo, un manantial o un río. Thomas F. Glick escribió: «Solo la comunidad tiene el derecho de utilizar el agua de su acequia para riego y ellos mismos regulan los asuntos de la acequia. Los regantes establecen los turnos y



Poblado morisco de L'Atzuvieta (comarca de la Marina Alta, Alacant). En 1609, 130.000 habitantes musulmanes del Reino de Valencia fueron deportados por orden del Consejo de Estado en Madrid. Foto: David Segarra

ninguno de ellos puede erigir un molino o incluso construir un puente sobre la acequia sin el consentimiento de todos».

El último pleito por el agua encontrado en árabe data del 1222; sin embargo, el Tribunal de las Aguas ha continuado funcionando, con múltiples cambios y evoluciones, hasta nuestros días. Narra el periodista y escritor uruguayo Eduardo Galeano: «No está integrado por juristas el tribunal más justo del mundo. Que es, además, el más antiguo de Europa». Y nos recuerda que «esta justicia no viene de arriba, ni de afuera: los jueces son los labradores que cultivan sus propias tierras, y entre ellos resuelven los litigios por el agua de las ocho acequias que riegan las huertas de Valencia». Estos canales llevan todavía los nombres de los clanes fundadores: Favara por los Hauara imazighen, Mestalla por los Mexdala o el brazo de Benàger por los Beni Áger. Es muy significativo que después del colapso del califato de Córdoba, fueran dos administradores de acequias, Mubarak y Muzáfar, quienes establecieron un primer estado independiente en València en 1009.

Con el desarrollo progresivo de la población y la producción, las comunidades campesinas establecieron mercados rurales donde ofrecían sus excedentes y se producían reuniones. Explica Esquilache: «No funciona la ley de la demanda y la oferta, puesto que su única función es el

intercambio entre grupos campesinos que viven cerca los unos de los otros». Pero, gradualmente, la ciudad generó un mercado propio y central donde el mostassaf vigilaba la calidad y los precios. «Por eso, las ciudades se fundaban en medio de una zona rural que ya estaba organizada y en funcionamiento, la cual podía alimentar la población urbana. Es decir, las huertas hicieron las ciudades, y no a la inversa». Por tanto, gracias a la constelación de alquerías y huertos, Valentia renació como Balansiya. Y así fue conocida como Madinat at-Turab, la ciudad de la tierra, de la tierra fértil.

Alqaria, aljama y muwallad

Los nuevos clanes árabes e imazighen fueron uniéndose progresivamente a los nativos locales mediante el sistema de alianza muwallad. Así, nacía una nueva cultura: la andalusí, suma de iberos, romanos, visigodos, judíos, árabes e imazighen. Lo más interesante del proceso es que se hizo mayoritariamente por iniciativa clánica y comunal. El historiador e hispanista Pierre Guichard definió esta sociedad como «no feudal», por «la ausencia de señores extractores de renta». La propiedad de la tierra y de los medios de producción eran casi en su totalidad del pueblo.

La estructura de la nueva sociedad campesina se basaba en dos pilares: la organización en

alquerías y la autogestión en aljamas o asambleas clánicas. Alquería significa literalmente el pueblo, el conjunto de casas, campos, animales y personas. Las aljamas eran las que elegían a los jeques, los hombres representantes de la comunidad ante otras comunidades y ante las lejanas autoridades califales. Las alquerías se aliaban por qábilas y qaums (clanes) para compartir graneros, pastos y bosques, y también para construir y mantener las obras hidráulicas. Precisamente porque el estado emiral y califal tenía un alcance mínimo en las tierras del Xarq (Este), los famosos Beni (hijos de o clan de) que impregnan tantos de nuestros pueblos son uno de los signos de su fundación popular. Los hijos y las hijas de los clanes de origen araboamazigh y de los clanes de los maualis iberorromanos revivieron la tierra.

Ferran Esquilache explica que en las comunidades rurales andalusíes «los grandes terratenientes no existían» y «los pobres parece que tampoco, la diferencia entre los que más tierra poseían y los que menos tenían no era excesivamente grande». Por lo tanto, podemos entender que había un lejano estado y unas mínimas élites urbanas que poseían algunas tierras, pero que el territorio rural era mayoritariamente dominio y señorío del campesinado. Un hecho singular que los ejércitos católicos intentarían, y casi conseguirían, eliminar.

Raíces de tierra y agua

La conquista feudal en el siglo XIII supuso la imposición de un nuevo sistema basado en la monarquía, la iglesia y los señores. En los momentos de mayor persecución, revueltas campesinas moriscas estallaron una tras otra, como en la rebelión de Espadán (1526), liderada por el labrador y síndico de riego Garbau, Selim Almanzor. La monarquía envió expediciones militares a sofocar implacablemente la resistencia. Ya en 1492 todas las familias judías habían sido deportadas por orden de los reyes católicos. En 1567 Felipe II prohibió la lengua, la cultura y la música árabe. Y finalmente, en 1609, Felipe III ordenó la expulsión de toda la comunidad morisca. Hay que destacar que en esa época más de la mitad de la comunidad morisca peninsular se encontraba en la Corona de Aragón, especialmente en las tierras valencianas, un territorio que casi coincidía con el del antiguo Xarq al-Ándalus. Un milenio era borrado a sangre y fuego. La gente de la tierra había sido finalmente expulsada de su tierra.

La ciudad fue ocupada y las tierras fueron privatizadas y repartidas entre obispos, aristócratas y militares. Progresivamente, las comunidades nativas fueron arrinconadas en las sierras y montañas, donde crearon nuevas huertas y sistemas de irrigación. Y se obligó a vivir en morerías y juderías a quienes quedaron en las ciudades. Incluso se intentó, con poco éxito, sustituir la cocina tradicional con aceite de oliva por la de manteca de cerdo. Uno de los rasgos de identidad que sorprendió a los recién llegados del norte era el aprecio que se tenía por las verduras, hortalizas, legumbres y frutas. Y también por el amor al agua, que usaban para regar, bañarse y purificarse.

En pleno siglo XXI, conviene que nos preguntemos por qué no sabemos prácticamente nada de todo esto, por qué se habla tan poco sobre quiénes somos y de dónde venimos. Cómo es que no hay más películas, series y reportajes sobre el tema, por qué no se enseña en las escuelas. Aun así, la memoria de la gente de la tierra ha perdurado. Siglo a siglo, generación tras generación, el recuerdo nunca ha desaparecido del todo. Lo hemos escuchado en leyendas y cantos campesinos, en las crónicas de Bernat Capó, en las fábulas y versos recogido por Enric Valor y Josep Piera. En las músicas de Josep Gimeno el Botifarra, Ahmed Touzani, Al Mayurqa, Al Tall, Maria de Mar Bonet, Carles Dénia, Quico el Célio, Capella de Ministrers, Jordi Savall y L'ham de Foc. Porque la historia de la huerta de València es también la historia de las huertas de Lleida, Tortosa, Mallorca, Albaracín, Millares, Castelló, Segorbe, Alzira, Gandia, Xàtiva, Orihuela, Elche y Murcia. Y si tenemos pruebas científicas es gracias al coraje y la perseverancia de personas de la academia como Mikel de Epalza, Manuel Sanchis, Pierre Guichard, Thomas F. Glick, Dolores Bramon, Ana Labarta, Carmen Barceló, Josefina Veglison, Enric Guinot, Víctor Algarra, Manuel Ruzafa o Ferran Esquilache. Gracias a ellas, hoy sabemos un poco de lo que pasó. No solo lo sentimos con el corazón, sino también con el rigor de la ciencia. Pero sobre todo lo sabemos porque la civilización de la tierra sigue viva en nuestros pueblos, campos y sabores. Nuestras labradoras son sus herederas.

Comparando los grandes movimientos humanos de ayer y de hoy, es significativo saber que un porcentaje importante de la población de Marruecos, Argelia y Túnez es descendiente de



Pastoreo entre almendros en Monòver (comarca del Vinalopó Mitjà, Alacant). Foto: David Segarra

Laúd, introducido en la península ibérica por los pueblos árabes. Foto: David Segarra



las poblaciones nativas iberorromanas peninsulares. Y al revés, algunas de nosotras podemos ser descendientes de origen amazigh, judío y árabe. La cultura puede sobrevivir al fuego, a la sangre y al tiempo. Hoy, quien trabaja en la huerta vuelve a oír los *bon dia* de los labradores valencianos y los *salam* de los jornaleros magrebíes. Y quien pone atención, puede sentir que cada alquería, cada acequia, cada semilla y cada herramienta todavía hablan en la lengua de la tierra.

Por esta razón, en una época de crisis civilizatoria, económica y ecológica, amenazada por profetas del odio y por la confusión nihilista, nuestras raíces se hacen más necesarias que nunca. A pesar de que la huerta y su sistema de riego han sido reconocidos internacionalmente por la FAO y por la UNESCO, continúan estando tan amenazados como siempre. La destrucción en 2019 del centenario Forn de Barraca y de 80.000 metros cuadrados de la mejor huerta para ampliar una carretera supuso un *shock* para València. Recordando tiempos pasados, el gobierno central envió fuerzas especiales y un helicóptero para desalojar violentamente a quienes la defendían el mismo día que la ciudad, y el mundo entero, se

manifestaba contra el cambio climático. Y es que aún hoy los intereses económicos se empeñan en devorar aquello que sobrevive de la civilización de la tierra.

La huerta valenciana tiene ya un milenio de vida y sabiduría; que viva mil más depende de nosotras. La huerta es mucho más que agricultura y mucho más que cultura local y tradicional; es la memoria viva que nos recuerda que es posible vivir en comunidad y en equilibrio con la tierra. La huerta nos enseña que quizás la tradición no es el pasado, sino aquello que no pasa.

¿Es que no ves marchitarse la rama cuando de la raíz se separa?
Ibn Jubair

David Segarra
Periodista y documentalista

VISITAS
DE
CAMPO

Son Labreg@

Xosé García

UN FESTIVAL EN LA GALIZA RURAL PARA RECONSTRUIR EL ORGULLO DE SER CAMPESINOS Y CAMPESINAS

Galiza tiene 3771 parroquias, cada una como mínimo con una romería vinculada a su fiesta patronal. Cuando todo el peso demográfico, económico y vital de Galiza pivotaba en el rural, estas festividades constituían un crisol donde se manifestaban las más destacadas expresiones culturales, desde los alimentos a la música y la danza, de una sociedad agraria hasta lo más hondo de sus entrañas. Con intención de recuperar ese espíritu en la Galiza rural del siglo XXI nació el Festival Son Labreg@. Ambiciosa pretensión si pensamos que el campo gallego, actualmente, es un espacio despoblado, deprimido, envejecido y desastrado, agredido y violentado por una erosión pertinaz de la que los gobiernos incluso se enorgullecen.

El germen, la idea de organizar un festival de música ligado al mundo rural nació, como no podía ser de otro modo, entre birras, en las conversaciones tabernarias de un grupo de amigos y amigas que compartían y comparten lazos comunes como su juventud, el trabajo de la tierra o pertenecer al Sindicato Labrego Galego, la organización agraria que representa a La Vía Campesina en Galiza.

Esa idea inicial se modeló y tomó forma entre las juventudes del sindicato Mocidade Labrega y acabó cuajando en 2017 en la primera edición del Son Labreg@, un evento que, desde el primer día, tenía muy claras sus intenciones. ¿Diversión? Sí, pero también reflexión. ¿Ocio? Por supuesto, pero también diálogo, debate, propuestas para dinamizar un rural que se desintegra, para fortalecer las ilusiones de jóvenes y no tan jóvenes que se empecinan en vivir de la agricultura en un campo que malgasta más fuerzas en defenderse de las garras del capitalismo salvaje y de

sus siervos políticos que en construir proyectos atractivos y viables, alternativas para una juventud desorientada y sin referentes que agoniza en junglas de carbono, asfalto y desempleo.

Pero, además, el Son Labreg@ no es solo un festival con contenido; es toda una declaración de intenciones. Su nombre parte de un juego de palabras, ya que en gallego *son* designa tanto *sonido* como la primera persona del presente de indicativo del verbo ser: *soy*. Soy campesin@, sonido campesino. Por eso, el Son Labreg@, más allá de los conciertos musicales, de las conferencias o de los debates, nació como un gesto de afirmación colectivo de un grupo de jóvenes que no solo querían poner en práctica una fórmula que aunase ocio y reflexión, sino ir más allá y expresar ante la sociedad en la que viven el orgullo de ser campesinos y campesinas, productores y productoras de alimentos para sostener con ellos no solo a sí mismos y sus familias, sino a un pueblo entero que necesita volver a tener en la propia tierra un referente.

Así, en las tres ediciones del Son Labreg@ celebradas hasta ahora, de la misma manera que se diseñaron potentes carteles en los que se dieron la mano rock y música tradicional, rap y disco, artesanía y escena; también tuvieron lugar palestras y conversatorios con personas y proyectos reales en los que se habló y caviló sobre cuestiones como agroecología, ecofeminismo, monte comunal, soberanía alimentaria, cultura, etcétera. «Todo esto sin perder el sentido crítico pues Mocidade Labrega con este festival también quiere denunciar la nefasta gestión que se está llevando a cabo del rural desde las administraciones, dejándonos a los jóvenes que vivimos en el campo la única salida de la emigración», explica Sonia

Festival Son Labreg@ 2019.
Foto: SLG

Vidal Lamas, ganadera orensana que forma parte del Comité Coordinador de La Vía Campesina en Europa y del SLG.

La importancia del *topos* en la Galiza rural

La elección del lugar, de la aldea o de la parroquia para organizar un Son Labreg@ no es baladí. Para la primera edición se eligió la parroquia de Louseiro, en Sarria, con solo 80 habitantes pero con un dinamismo potente gracias a la Asociación Os Gorrións, nacida en 2003, que cada año realiza una amplia programación con actividades como teatro o música, y que además ha conseguido, desde su fundación, hacerse con la propiedad colectiva del campo de la fiesta o rehabilitar la antigua escuela como local social.

En 2018, el enclave escogido fue el sueño hecho realidad de Anxo Moure, un cuentacuentos y activista ambiental con más de 9000 actuaciones a sus espaldas al que un día se le ocurrió, ¿por qué no?, construir un cine en su aldea. Con las butacas de otras salas abandonadas de la comarca, Moure, junto a su familia y el trabajo voluntario de decenas de personas, creó el Cinema Palleiriso

en la *palleira* de su casa, el lugar donde tradicionalmente se almacenaba el forraje para el ganado. Hoy en día, el lugar de Garabelos, en la parroquia de Mariz, municipio de Chantada (Lugo), cuenta con un cine que además funciona como espacio para la acogida de cualquier otra expresión cultural. Por él pasaron, desde su fundación, más de 4000 personas, entre ellas las que acudieron a la segunda edición del Son Labreg@. Una sala de cine rural reconvertida en espacio para el diálogo y el debate alrededor de proyectos agroecológicos y de cultura en el rural, con las butacas sustituidas por fardos de heno, con los sueños del cinematógrafo eclipsados por las ilusiones de jóvenes hablando de sus proyectos levantados con sangre, sudor y lágrimas para demostrar al mundo y a sí mismos que sí, que sigue siendo no solo posible, sino más necesario que nunca, apostar por vivir de la agricultura en el campo.

La historia del espacio que acogió el tercer Son Labreg@ es tan hermosa como trágica. Montecubeiro es una parroquia del *concello* lucense de Castroverde que, ya en los inicios del siglo pasado destacaba por su dinamismo, con una cooperativa agraria e incluso una biblioteca

Festival Son Labreg@ 2019.
Fotos: SLG

pública cuando muchas capitales de comarca carecían de ella. Todo este espíritu de progreso se vio cercenado por el levantamiento armado del 36 y la represión genocida que sufrió Galiza en cuanto cayó en poder del bando sublevado. Un monumento de granito de diez toneladas recuerda hoy, en Montecubeiro, a las quince personas brutalmente torturadas, violadas y asesinadas por los fascistas en esta parroquia en agosto de 1937. Más de ochenta años después, el relevo de ese dinamismo social en la parroquia fue recogido por A Chave das Noces, un colectivo que, aunque de creación reciente, ya mantiene una programación de actividades regular y se constituye como todo un referente para la vida cultural del municipio. Precisamente por eso Montecubeiro fue elegida como la parroquia para la tercera edición del Son Labreg@.

La tercera fue la última, pero no la *derradeira*. En Galiza, lo *derradeiro* no admite continuidad, mientras que lo último, sí: aguarda expectante por lo nuevo para dejar de serlo. Con el Festival

Son Labreg@, aguardamos con esperanza poder continuar muchos años más, exorcizando siempre lo *derradeiro* y contribuyendo a levantar esa nueva Galiza rural que, necesariamente, deberá tener en la juventud y en la agricultura el pilar fundamental de su sustento. Así fue siempre y, con los tiempos duros que ya vaticinan las aves agoreras del cambio climático y del *peak oil*, así deberá seguir siendo si queremos sobrevivir como pueblo y como especie. Porque, en efecto, el galego en su riqueza léxica nos da palabras como *derradeiro*; pero nosotros, como habitantes del rural, nos negamos a utilizarla mientras haya esperanza de savia nueva en nuestras aldeas, brotes verdes para que sus habitantes dejen de ser los últimos, para que nunca se conviertan en los *derradeiros*. No queda otra: ¡Larga vida al Son Labreg@!

Xosé García
Responsable de prensa del Sindicato Labrego Galego

Alberto Acosta y John Cajas Guijarro

La comunidad sublevada

ECOS INDÍGENAS Y CAMPESINOS DE UNA REBELIÓN ANDINA

La rebelión que los Andes ecuatorianos vivieron en octubre de 2019 sacudió las bases de una sociedad inequitativa e injusta que puso a temblar a las viejas y conservadoras formas de entender el sufrimiento de los pueblos explotados y marginados de la historia. Y desde esos mundos —excluidos o en aparente descomposición— han surgido resistencias y respuestas capaces de alimentar nuevas visiones transformadoras.

En efecto, octubre evidenció el gran potencial de rebeldía que aún pervive en diversos elementos comunitarios, tanto rurales como urbanos. La lucha popular, una vez más, ha cuestionado el poder y ha reinventado nuevos caminos para pensar y construir otras formas de resistir y *re-existir*. Esa lucha se sustenta en «giros de comunidad» (en palabras de Rita Segato) en ciudades y en ámbitos rurales, con insurgencia de movimientos sociales —indígenas a la cabeza— y vigorosas multiplicidades de grupos organizados.

Es innegable que crecientes segmentos de la población indígena y campesina han sido y son aculturizados, absorbidos por la lógica mercantil capitalista. Al ahondarse la migración

campo-ciudad se profundiza el distanciamiento de las comunidades indígenas de origen, al tiempo que las lógicas propias de la urbanización se instalan en el campo. Sin embargo, y pese a haber vivido toda una década de sostenida represión a los movimientos sociales en general y al movimiento indígena en particular, durante el gobierno «progresista» de Rafael Correa, la respuesta rebelde del mundo indígena fue potente. A tal punto llegó su potencial, que pudo presionar una negociación directa con el gobierno ecuatoriano y hasta convocar la elaboración de una alternativa económica popular que —aun con todas sus limitaciones— sin duda terminará siendo un referente para futuras propuestas transformadoras.

Pobreza y exclusión agravadas en el campo

Históricamente, el Estado ha sido y es incompetente para proteger los territorios indígenas y campesinos, siempre excluidos y periféricos. Para colmo, ese mismo Estado es cómplice de capitales nacionales y transnacionales empeñados en apropiarse de campos, páramos y selvas, sea desde los desbocados extractivismos o los agronegocios. Como resultado, el Estado carece de políticas serias para atender la producción campesina, fortalecer la economía indígena y consolidar la soberanía alimentaria. La marginación en el campo es constante, con comunidades sin energía eléctrica, sin agua potable y sin otros servicios básicos. Sus expectativas de salud y vida son extremadamente bajas. Además, la educación escolar es mínima, individualizante y claramente orientada a debilitar las comunidades.

La pobreza ahoga la vida campesina y rural. Según el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC) a diciembre de 2019 la pobreza siempre fue mucho mayor en la ruralidad que en el mundo urbano. Por ejemplo, la pobreza extrema llegó a 8,9 % a nivel nacional, 4,1 % en ciudades y 18,7 % en el ámbito rural. En cuanto a la pobreza multidimensional, la tasa fue de 38,1 % a escala nacional, 22,7 % en las ciudades y 71,1 % en lo rural: es decir, 7 de cada 10 habitantes del campo son pobres.

Además de esta asimetría, en Ecuador persiste una marcada desigualdad en la distribución de la propiedad en general, y de tierra y agua en particular. Algunas estimaciones con información primaria del INEC indican que en 2017 el índice de Gini de distribución de la tierra llegó a unos 0,8 puntos (donde un valor de 1 sería la máxima desigualdad). Por su parte, en términos superficiales, el 2,3 % de las unidades productivas es propietario del 42 % de la tierra cultivable, con más de 100 hectáreas, orientadas mayormente a la exportación. Mientras, el 63 % de las unidades productivas agrícolas, sobre todo de propiedad indígena y campesina, constituye solo el 6 % de la superficie, la gran mayoría de menos de una hectárea.

Justamente las pequeñas unidades productivas de menos de cinco hectáreas —sobre todo a cargo de mujeres— satisfacen el 65 % de la canasta de alimentos de consumo básico. Esta realidad choca de forma lacerante con la desnutrición en el campo: un 38 % de niños y niñas de 0

a 5 años la padece en las zonas rurales y un 40 % en los territorios indígenas; una infamia para un país tan biodiverso y repleto de potencialidades.

A contrapelo de la dura realidad campesina e indígena, hay tendencias cada vez más favorables para la gran producción agrícola industrial y exportadora: se entregan cuantiosos beneficios a importadores de agroquímicos, a grandes comercializadores y a productores industriales de alimentos, apoyando la agricultura altamente tecnificada y las prácticas agrícolas no sustentables. Se subvenciona a agricultores que impulsan técnicas «modernas» de cultivo, por ejemplo, para producir arroz y maíz; las ayudas consisten en semillas, fertilizantes y agrotóxicos. La concentración en la comercialización de alimentos procesados es inaudita: tres cadenas comerciales controlan el 91 % del mercado.

Por otro lado, conglomerados del mundo de los agronegocios controlan paquetes tecnológicos de semillas y fertilizantes, asesoría tecnológica, mercadeo y financiamiento, apropiándose del esfuerzo del campesinado. Así, prácticamente controlan la tierra sin ser sus propietarios, sin correr los riesgos propios de la agricultura, sin sudar en la siembra ni sufrir por la cosecha. Para colmo la producción campesina está atada a cadenas de intermediación con posiciones de poder en el mercado y que imponen precios adversos a productoras y consumidoras.

En paralelo, sistemáticamente se margina y cuestiona el potencial revolucionario y productivo de una profunda transformación agraria que rompa la concentración de la tierra y del agua, como manda la Constitución de Montecristi de 2008. Además, los pequeños emprendimientos comunitarios agrícolas son menospreciados. Basta recordar las palabras del expresidente «progresista» Rafael Correa —gran promotor del extractivismo megaminerero y de la agroexportación— el 1 de octubre de 2011: «la pequeña propiedad rural va en contra de la eficiencia productiva y de la reducción de la pobreza... Repartir una propiedad grande en muchas pequeñas es repartir pobreza»; clara expresión en contra del campesinado y, por ende, en contra de la soberanía alimentaria, un mandato constitucional pendiente y urgente.

En definitiva, las acciones y decisiones gubernamentales reducen o «simplifican» la soberanía alimentaria a unos pocos proyectos pro-pobres «residuales», en lugar de abrir amplias



Hoces en el riurau de Massarrojos (comarca de l'Horta de València). Foto: David Segarra

transformaciones que incluyan, para empezar, una reforma agraria integral. En paralelo, son cada vez más descarados los intentos transnacionales de monopolizar el acceso a las semillas, como sucede con el irrespeto a la prohibición del uso de transgénicos planteado en la Constitución.

Esta situación se complica con las múltiples violencias policiales, jurídicas, simbólicas y psicológicas a las que se enfrentan las comunidades directamente afectadas por los megaproyectos vigentes en el Ecuador, violencias que no son una mera consecuencia de tales actividades, sino una condición necesaria para su cristalización. Se han registrado desde la imposición a sangre y fuego de la megaminería en provincias amazónicas y serranas, hasta el abierto irrespeto gubernamental a decisiones democráticas del pueblo expresadas en las urnas (como la consulta constitucional del

24 de marzo de 2019 en Girón, un cantón andino, donde casi un 87 % de los votos fue contrario a la minería).

En estas duras condiciones que apenas logramos describir, «las comunidades sobreviven porque han conseguido mantener una organización coherente y propia», sintetiza Eliana Almeida, profunda conocedora del mundo indígena. Una organización que, ante una realidad tan indignante y explosiva, terminó dando a ese mundo indígena un protagonismo en la rebelión andina de octubre de 2019.

Las comunidades como base de resistencia y reexistencia

La lista de problemas y frustraciones acumulados por el mundo indígena campesino es larga y aun con todo en contra, octubre se llenó

de múltiples protestas liberadoras: indígenas, feministas, laborales, estudiantes y demás grupos populares movilizados sin nada que perder, pues hasta el futuro se les ha robado.

De esa tensión entre grandes sectores populares y los grupos y estructuras que buscan sostener la dominación, no emergen salidas democráticas claras. El Estado aumenta su arsenal represivo y recorta inversiones sociales. En particular, los perros guardianes del poder burgués apelan a la militarización de la política en Ecuador y en toda nuestra América, y la democracia centrada en las urnas denota cada vez más su inutilidad. Las respuestas a la rebelión de octubre han despertado los más conservadores, retrógrados y nauseabundos sentimientos de las élites empresariales, políticas y hasta periodísticas. Como ejemplo, el discurso oficial intentó posicionar el mensaje de que las protestas buscaban generar un golpe de Estado: una falacia, pues la movilización popular denunciaba la situación económica y social, y las medidas fondomonetaristas, en especial la eliminación del subsidio a los combustibles propuesto sin ningún análisis serio de los potenciales efectos en la economía popular y sobre todo en las limitadas capacidades de producción campesina e indígena, y que finalmente fue derogado.

Semejante complejidad también denota el agotamiento de la acumulación capitalista y de sus sistemas políticos en América Latina — sean progresistas o neoliberales— sustentados en estructuras injustas, coloniales y forzados a niveles explosivos por las demandas insaciables del capitalismo global, que perpetúan a nuestros pueblos como economías primarias exportadoras, siempre vulnerables y dependientes. Además, la población de a pie sufre un estancamiento económico de años, padece el aumento de la pobreza, sin esperanzas de un mañana mejor, sin participar democráticamente en la toma de decisiones, mirando cómo grandes grupos locales y transnacionales —junto con burocracias y élites doradas— se lucran de millonarios beneficios (incluso derivados del robo y la corrupción).

Frente a las respuestas de los grupos dominantes, los grupos históricamente oprimidos abren cauces para construir propuestas y acciones comunitarias de quienes viven —o al menos imaginan— un mundo de libertades plenas, viable cuando confluyan simultáneamente la justicia social y la justicia ecológica. Es hora de admitir que estas justicias son imposibles dentro de los

límites del capital y la dependencia. Lo que se vivió en octubre, ese aflorar de diversos comunismos, puede ser terreno para sublevaciones cada vez más profundas y radicales.

Desde abajo hay que pensar y cristalizar otros estados, otras sociedades, otras economías, otras instituciones, otros mundos. Consolidando bases materiales de autosuficiencia, interdependencia y autonomía genuinas habrá incluso más posibilidades para proponer y ejercitar alternativas transformadoras. En la mira está la recomposición de la cotidianidad revalorizando la reproducción de la vida, la convivencia en comunidad, la construcción y defensa de bienes comunes, la autogestión de producción y distribución, la desprivatización y la recuperación comunitaria (no estatizada) de los bienes y espacios públicos. En definitiva, se trata de continuar buscando alternativas para superar aquella perversa opción que entiende que las necesidades son infinitas, que la acumulación material debe ser permanente, que tener más nos hace más felices..., falacias propias de la civilización que hoy nos domina: la civilización del capital.

Urge construir y reconstruir sentidos de vida solidarios y recíprocos, y dicha urgencia pone nuevamente al mundo indígena y campesino como parte de los protagonistas de la historia por construir. Hoy ellos son quienes más pagan los costos de una crisis que no decidieron y son quienes —incluso históricamente— tienen el derecho a exigir una transformación radical. Solo con ellos y con todas las otras voces diversas que se alzaron en octubre, se podrá construir lo que cada vez más parece un elemento crucial para superar a la civilización del capital y superar a la dependencia: una comunidad sublevada.

Alberto Acosta
Economista, profesor universitario
y activista ecuatoriano

John Cajas Guijarro
Economista y profesor de la
Universidad Central del Ecuador



Este artículo cuenta con el apoyo
de la Fundación Rosa Luxemburgo

«La justicia climática no se concibe sin soberanía alimentaria»

CONVERSACIÓN CON DOS ACTIVISTAS DE FRIDAYS FOR FUTURE MALLORCA

Pere Joan Femenia Sastre tiene 20 años y estudia Historia del Arte. Entró de cabeza en Fridays for Future (FFF) al ver que el movimiento compaginaba muy bien con su ideología y con las ganas que tenía de hacer algo ante la emergencia climática. Participó activamente en la formación del grupo de Mallorca moviéndose por la universidad.

Marina Pérez Pascual tiene 21 y estudia bioquímica. Además de participar en FFF, forma parte también de Extinction Rebellion (XR) de Mallorca porque le parece muy interesante cómo la sociedad civil se está convirtiendo en agente de cambio e impulsando esta gran movilización social.

¿Qué relación tenéis con el campo? ¿Conocéis a algún payés o alguna payesa?

Marina: Yo sí que conozco porque voy a comprar al mercado ecológico de Palma. Y por otra parte, soy de un pueblo pequeño en Alicante, Gorga, tengo raíces allí y de hecho teníamos bancales. Nunca he trabajado la tierra, pero mi familia sí.

Pere Joan: Mi relación con el campo viene de mi padre, que es de un pueblo y allí tenemos una finca. De pequeño pasaba allí mucho tiempo, recogíamos almendras y algarrobas y cuidábamos los árboles. La familia de mi padre ha vivido mucho tiempo del campo, pero ahora la algarroba y la almendra se pagan muy baratas. Al estar en

una isla cuesta más que lleguen según que plagas, pero llegó la *Xylella* hará cosa de dos años y todos los almendros que tengo prácticamente se han muerto. Esto y el percibir cómo aumenta el calor cada año en verano cuando recogemos algarroba hace que sienta una conexión particular con la tierra.

¿Cómo sentís este tema del campo dentro de vuestro movimiento?

¿Pensáis que existe desconexión con la vida payesa, con el entorno rural?

Pere Joan: Es interesante esta pregunta porque es verdad que solemos ser personas que vivimos en urbanizaciones, alejados de la tierra. Sí que hay desconexión. Aquí en Mallorca es muy difícil vivir de la agricultura y se ha ido renunciando a ello, es muy triste ver la tierra abandonada. La cuota de autoabastecimiento alimentaria es del 25 %, el resto de alimentos llega en barco desde la península. Me da rabia que en un entorno tan sobreexplotado no tengan más poder los agricultores, que son quienes cuidan la tierra.

Marina: Cuando llegué a Mallorca noté que aquí la gente estaba más conectada con la naturaleza, porque al ser la única universidad pública de la isla viene mucha gente de los pueblos y al final no es un entorno tan urbano. Dentro de FFF creo que sí que tenemos esta conciencia rural, pero en general sí que hay una pérdida de conexión con la tierra: lo que no conoces no lo puedes amar, y si no lo amas no lo vas a cuidar. No sabes el esfuerzo



Acción de Fridays for Future Mallorca. Foto: Juventut pel Clima Mallorca

que ha costado producir las almendras que tienes en tu mano y das por hecho que siempre van a estar en el supermercado.

Pere Joan: Totalmente de acuerdo. En FFF poco a poco vamos conociendo mejor la situación climática global que vivimos y sus consecuencias. Hay quien llega a la organización pensando que el cambio climático es el deshielo, pero esto solo es una pequeña parte. Cuanto más sabes, más libre eres, por eso es tan importante informar a la sociedad, solo con el conocimiento y la formación seremos capaces de dar con una buena solución colectiva.

¿Le dais un papel importante al cambio de alimentación en FFF?

Marina: Yo considero que ese cambio está implícito en todas nuestras demandas, porque no se concibe justicia climática si no hay soberanía alimentaria. Lo infravalorado que está el sector agrario termina repercutiendo sobre la justicia climática. La primera demanda es limitar las emisiones, y muchas de ellas están provocadas por este sistema globalizado de alimentación que te permite comprar aguacates cultivados en México y carne que implica toneladas de CO₂. Yo creo

que las tres demandas de FFF¹ son muy generales pero al final conllevan un cambio de sistema. Si queremos cumplirlas, también tenemos que tomar partido en el tema de la alimentación.

Pere Joan: Al fin y al cabo, en el sistema actual todo está interrelacionado y hablas de alimentos, de agua o de temperatura, prácticamente todo lo puedes relacionar. Unas cosas afectan a otras.

Para este cambio de cultura alimentaria sería muy importante actuar desde todas las dimensiones educativas. ¿Cómo habéis sentido que se aborda este tema en vuestras diferentes etapas como estudiantes?

Pere Joan: La desconexión general que existe se refleja en las escuelas, donde no se fomenta que el alumnado pueda conocer de dónde proceden los alimentos, su proceso, los pesticidas, etc. Es importante acercar esta realidad, sea con charlas, prácticas... Ahora hay escuelas que tienen huertos

1. Las tres demandas de FFF: mantener la temperatura global por debajo de 1,5 °C en comparación con niveles preindustriales, garantizar la justicia climática y la equidad, y escuchar a la mejor ciencia unida actualmente disponible.

“ La tecnología está siendo una herramienta del propio sistema que aspira a seguir creciendo, a mantener esta injerencia sobre la población explotada y el medio natural. ”

y cada clase se encarga de una tarea, de cuidarlo. En el bar de la universidad la comida debería ser más sostenible, con productos de proximidad, sin tantos elementos de usar y tirar y más saludable, con platos vegetarianos o veganos, etc.

Marina: La pregunta me ha remitido a unas jornadas donde una persona de FUHEM dijo que se deberían recuperar los comedores como espacios educativos porque son muy importantes en infantil y primaria. Con la alimentación se puede educar en la salud, la agroecología, las emisiones, los alimentos kilométricos, el envasado, los residuos orgánicos y el compostaje..., se puede tocar todo. Al no tratar estos temas en ese momento de la comida también se transmiten valores, se desprecia la alimentación. Empezar a darle la importancia que tiene permitiría abrir camino a esa alimentación sostenible de la que estamos hablando.

¿Qué pensáis de la palabra decrecimiento?

Marina: Estamos familiarizados con ella porque nuevamente está implícito en las demandas. Este modelo de sociedad que aspira a seguir creciendo, ignorando los límites físicos que existen en este planeta finito, no tiene sentido. El

problema es que este término está asociado a connotaciones supernegativas y parece que vamos a volver a vivir en cuevas. Hay que trabajar para que la gente pueda entender qué significa este decrecimiento del que hablamos, en la alimentación y en todos los campos de la vida.

Pere Joan: Si queremos garantizar un futuro tenemos que empezar a vivir con menos. Estamos viviendo con un exceso de recursos naturales y llegará un momento en el que acabaremos con ellos. Lo relaciono siempre con el ámbito insular donde son más claras las limitaciones y tenemos que adaptarnos a ellas. La soberanía alimentaria es muy importante, pero en otros ámbitos lo mismo: textiles, electrodomésticos... son elementos que ya no tienen una larga vida, pero la tuvieron. Antes de esta cultura del usar y tirar nos preocupaba cuidar las cosas y alargar su vida útil.

Marina: La falta de autogestión y autonomía que tenemos en las islas es debido en parte al monopolio del turismo, el sector que aquí está más desarrollado, que ha sobrepasado los límites y condiciona el desarrollo del resto de sectores. Aunque el autoabastecimiento sea difícil de conseguir al 100 %, podría mejorarse mucho tomando medidas sobre el sector turístico y limitándolo. Porque lo que se hace ahora a veces es cortar el agua de las duchas públicas de las playas, pero eso no ataca al problema de raíz, es un mínimo parche que no va a solucionar el problema del estrés hídrico.

¿Pensáis que la tecnología puede desempeñar un papel importante en los cambios radicales que necesita nuestra sociedad?

Pere Joan: Yo creo que la tecnología tendrá un papel importante en la transición energética porque nos ayudará a adaptarnos a las consecuencias. Pero también hay una parte negativa por lo que supone su fabricación, no es nada sostenible.

Marina: El concepto tecnología se podría entender desde un punto de vista muy amplio, pero así en general está haciéndonos más mal que bien. Está siendo una herramienta del propio sistema que aspira a seguir creciendo, a mantener esta injerencia sobre la población explotada y el medio natural por parte de quienes intentan sacar el máximo provecho de ello. Cuando pienso en tecnología como solución a la emergencia climática, pienso en todos los minerales que se necesitarán para fabricar las baterías de placas



solares y me doy cuenta de que toda esta transición que nos están vendiendo está basada todavía en mantener el ritmo de consumo energético en nuestros países. Con lo cual vamos a tener el mismo problema que ahora existe con el coltán y la guerra derivada en el Congo que, aunque es un problema mucho más complejo, influye en la situación. Todo esto va en contra de la justicia climática. Al final, tecnología tiene que significar poder para el pueblo y no un motivo más de elitismo que se quede en la clase social que se lo vaya a poder permitir.

Pero hay otro tipo de tecnologías para un futuro sin petróleo que puede estar en manos de la gente, por ejemplo, volver a usar tracción animal para trabajar la tierra.

Pere Joan: Yo creo que sí, que se podría volver a dar a los animales el papel importante que han tenido desde siempre en la vida payesa. Creo que era una utilización positiva, en la que se les trataba bien. El año pasado estudié arquitectura popular y creo que también es muy importante recuperar las infraestructuras que teníamos, como aljibes, acequias, molinos, etc.

Marina: Estoy segura de que somos capaces de desarrollar sistemas que no estén basados en los combustibles fósiles sin necesidad de explotar animales, habrá que explorar un poco más las

soluciones. Es muy importante trabajar desde la cooperación, que no sea un payés ocupándose de su campo, sino un modelo cooperativo en el que todos aportemos en la producción de alimentos, para ser conscientes de lo que consumimos.

Estos años ha aumentado mucho la influencia del antiespecismo y animalismo, especialmente entre personas jóvenes. ¿Qué pensáis de este tema?

Marina: Yo soy vegana y el veganismo fue el motivo por el cual me empecé a interesar por el medio ambiente. Luego me di cuenta de que había muchos

más problemas que la ganadería y me empecé a informar, por ejemplo, de que el impacto de los combustibles fósiles no solo son las emisiones, sino también las prospecciones petrolíferas y su impacto sobre las poblaciones locales, etc. Adquirí la perspectiva animalista, pero considero que se tiene que contextualizar y que no es en absoluto extensible a toda la población mundial. No se puede acusar a personas de que coman animales cuando es su sostén de vida. Si en Gambia la población se alimenta básicamente de pescado, no voy a convencerles de que no lo hagan, pero aquí, tal y como está la ganadería industrial, me parece una forma más de explotación de los cuerpos y es igual de importante porque para mí siguen siendo seres vivos. Aquí tenemos alternativas.

Pere Joan: Yo no soy vegano, es un debate interno que tengo y que no acabo de solucionar, pero he llegado a la conclusión de que hay que vivir más como antes, abastecernos de lo que da la tierra. Yo estoy totalmente en contra de las macrogranjas, que son una aberración de trato animal y ambiental. Pero yo iba a ayudar a mis abuelos en las matanzas tradicionales de cerdos e incluso de ovejas. Lo hacían una vez al año y con esa carne pasaban prácticamente todo el año. Estaría bien recuperar esas prácticas, vivir con menos alimentos cárnicos, y sobre todo de lo que nos proporcione la tierra, con los animales más libres y con una forma de vida más digna para ellos.



Pere Joan Femenia Sastre

¿Qué diferencias hay entre FFF y XR?

Marina: La diferencia está en las líneas de acción, en cómo abordar esta revolución social. FFF se basa más en la movilización juvenil con este argumentario de «estáis jugando con nuestro futuro», que tiene mucho potencial porque permite remover muchas conciencias, y además quiere despertar a la juventud que hasta ahora, desde mi experiencia, teníamos una actitud pasiva por no sentirnos capaces de cambiar nada. Ahora comprobamos que nos podemos organizar para defender colectivamente aquello en lo que creemos y generar una presión social importante. Y XR es de todas las edades y su línea de acción es la desobediencia civil no violenta. Con las huelgas, bloqueos y manifestaciones, se consigue interpelar también a las personas afectadas que van en su coche y se quedan inmovilizadas; es la forma de llegar a ellas, de abrir el debate de cómo les afecta. Siempre se incorpora también un componente artístico para conectar con las emociones de las personas: desobediencia civil + *artivismo*.

¿Tenéis relación con los movimientos locales que llevan años trabajando por la defensa del territorio?

Pere Joan: Al ser una isla, en FFF y XR tenemos contacto directo con diferentes colectivos

como Amics de la Terra, el GOB, Terraferida, Antiautopista, Salvem Porto Colom, etc. y formamos parte de la alianza por la emergencia climática o la plataforma contra la ampliación del aeropuerto. Limitar megacruceros, paralizar la construcción de centros comerciales, poner en evidencia las políticas de partidos que dicen ser muy verdes pero actúan de manera contraria, son luchas muy importantes a la hora de conseguir las medidas que nos proponemos. En el resto del territorio también hay estas relaciones con colectivos ecologistas ya existentes.

Marina: Son relaciones basadas en “pensamiento global, acción local”. Nos involucramos en la defensa de lo propio, de lo que pasa aquí.

¿Cómo veis la vida en las grandes ciudades y su funcionamiento? ¿Tienen futuro?

Pere Joan: Yo creo que no son sostenibles. Creo que había un estudio que decía que el 80 % de los recursos los consumen las ciudades, que son los pueblos quienes nos sustentan. Creo que es necesario que esto cambie.

Marina: Depende de qué entendamos por ciudades y tomemos como modelo ejemplar. Creo que las podemos transformar con cosas tan básicas como los huertos urbanos, espacios verdes y quitar poder al coche; cambiar todo el modelo urbanístico por otro en el que se contemplen los espacios verdes y las bicicletas como vehículo principal. Las ciudades tienen la ventaja de que está todo más comunicado, las personas más cerca, que es un problema que tienen los pueblos, que se quedan sin servicios. Pero hay que transformar desde la raíz el modelo de ciudad, porque para nada es este.

¿Os iríais a vivir al campo?

Marina: Yo lo pienso a veces porque me siento muy apartada de la naturaleza, pero de momento con el activismo creo que me es más cómodo vivir aquí.

Pere Joan: Ahora el panorama de la *pagesia* es malo, pero yo en un futuro si me diera de comer de una forma digna sí que me iría al campo.

Revista SABC

PALABRA
DE
CAMPO



Co•lectivo Arterra

FANZINE

Saca tus sucias manos de mi pueblo

EXTRACTIVISMO, RURALOFOBIA Y CAPITALOPATRIARCADO
EN LOS TERRITORIOS VACIADOS

En un primer momento, el fanzine se iba a llamar *Mi pueblo no era esto ni lo otro*. Porque estábamos hartas. Los pueblos no son eso que ves por la ventanilla del coche, ni un destino de *Escapadas con encanto*, ni un modo de decorar casas, ni un anuncio televisivo neorrancio que te intenta vender leche a través de un ganadero campechano en la pradera de Windows. El sueño de la alteridad produce monstruos. Por todo ello, el fanzine intenta acortar esa distancia cultural entre lo que nos cuentan de los pueblos y la complejidad de lo que ha pasado y pasa en ellos. También trata de reparar la memoria de la que se ha venido a llamar clase incómoda¹ y de poder cartografiar alternativas a un sistema ecocida y fóbico. Estamos convencidas de que todo lo anterior pasa por tener en cuenta las violencias epistemológicas, físicas, económicas y territoriales, además de las múltiples violaciones de derechos humanos en los medios rurales del Estado español.

Las habitantes rurales somos *paganas, compañeras del paisaje*. Las *ciudadanas*, son otras.

Denunciamos, por tanto, el llamado *desarrollo*, la *sostenibilidad* o el *interés público*, que desde el poder ha sostenido la despoblación, la miseria agraria, la invisibilización, la ruralofobia y el extractivismo. La única ética que ha sostenido todo el despojo ha sido la depredación, los precios en carne, memoria y tierra que los pueblos tuvieron que pagar para que se ejecutaran planes de los que no formaron parte. Con este fanzine queremos reconocer que hay pueblos que resisten, que no olvidan, que vuelven de romería a su tierra empantanada y a los campanarios que sobresalen. Todo ello desde un enfoque ecofeminista —y, por tanto, anticapitalista— que entendemos que tiene que poner en valor las incertidumbres, apropiaciones y contradicciones, trabajando nuestra propia deconstrucción y descolonización del pensamiento.

En tu país, sea lo que sea eso, se ha sangrado y se sangra todavía. Hoy como siempre, hay pueblos que se levantan.

Co•lectivo Arterra
instagram @co.lectivo_arterra
facebook @colectivoarterra

1. T. Shanin [1983]. *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo* [Rusia 1910-1925].

José Pastor González

Dedicado a quienes mantienen la casa abierta

RESEÑA DE QUIÉN TE CERRARÁ LOS OJOS, DE VIRGINIA MENDOZA

Quién te cerrará los ojos está dedicado a quienes se quedaron cuando todo el mundo se marchó. A quienes mantienen el fuego encendido, la casa abierta, la memoria viva, el pueblo —todavía— habitado. El libro recoge las historias de los hombres y las mujeres que resisten en pueblos olvidados; historias de resistencia, esperanza, amor, coraje; historias de arraigo y soledad en la España rural.

Es la historia de Primitiva y del fotógrafo estadounidense Eugene Smith en Deleitosa (Cáceres), una historia de posguerra, miedo, mentiras y memoria.

Es la historia de Generosa y su hijo Ángel Luis en Espierba (Huesca), el relato de quienes se niegan a abandonar el lugar donde nacieron. Una historia de pastores, de soledad, de resignación y protesta, de orgullo, del empeño de Ángel Luis por elaborar el primer diccionario de belsetán.

La historia de Antonio Carricosa que abandonó la ciudad y su trabajo de asesor fiscal, para ponerse manos a la obra y recuperar Los Rubios (Badajoz), para que el vecindario volviera, para que vuelva a ser un pueblo.

O la historia de amor de Sinforosa y Martín en La Estrella (Teruel), cincuenta y cinco años juntos, treinta y cinco ellos dos solos.

En este viaje de Virginia Mendoza también nos acompañan Miguel Delibes, Julio Llamazares, Camilo José Cela, Azorín, Avelino Hernández, Henry David Thoreau, Sergio del Molino... Escritores y libros que añaden otras miradas, otros ámbitos, otras épocas, otras voces.

La autora recorre estos pueblos abandonados y se sienta a hablar y a escuchar a estos últimos

habitantes, testigos y centinelas de una cultura, de una forma de vivir y de entender la vida que está desapareciendo en silencio. Virginia Mendoza les deja y hace hablar, reír, recordar, dialogar, soñar, preguntar... Les da vida y voz para que sus historias no caigan en el olvido. La voz de la autora va tejiendo, va dando pinceladas para que miremos con otros ojos, para que entendamos la decisión de quedarse, para que comprendamos la importancia de una forma de vida basada en el arraigo a la tierra, para que entendamos el amor al lugar que nos vio nacer.

La mirada de Virginia Mendoza es acogedora, poética, diversa, afectiva, certera. Una mirada que se posa en objetos cotidianos: «Cuando en España solo la nobleza podía usar arma blanca, se inventó una versión reducida y plegable del cuchillo: la navaja. Este objeto, ideado en el siglo XVI y elaborado a base de yunque y martillo, se convirtió en un símbolo para el pueblo llano: no solo era su arma, era la herramienta que utilizaba para comer, para abrir cartas y para afilar lápices; un objeto personal que permanecía en el mismo bolsillo hasta la muerte de su portador y que algún familiar heredaba».

Una mirada que se posa en el polvo del camino: «El olor a polvo no tiene metáforas posibles. Así olían los encuentros con mi abuelo. Regresaba del campo con un revestimiento ocre sobre el mono azul que también rellenaba los surcos de una piel oscurecida por el sol. En los labios me quedaba el olor, el sabor que ahora reposa sobre mis hombros. Mi abuelo sabía a tierra seca».

Una mirada que se posa en el daño que causan los prejuicios y que acertadamente analizó Marc



Badal en *Vidas a la intemperie*: «Sinforosa sabe que no la invitarán a los debates que escucha por la radio para contar cómo es la soledad, qué tiene el campo que no la deja marchar, cómo se vive un invierno aislado, qué se siente al no tener vecinos y qué problemas de seguridad plantea su forma de vida. Y, como lo sabe, que para eso ya están los de la ciudad, necesita aclarar lo que da por hecho que pensamos: que es tonta. Y se lo repite constantemente: “Soy tonta”. Y puede que hasta se lo crea».

Una mirada que se posa en el día a día: «El bar es un buen indicador para evaluar el riesgo de desaparición de un pueblo español. Pasar de siete a dos es, sin duda, alarmante. Casi mortal. Un trauma que solo supera la desaparición de un colegio, la verdadera sentencia de muerte de los pueblos. Cuando ya no quedan niños, el futuro muere un poco».

Una mirada que se posa en la necesidad de ser escuchado: «Martín no sonríe por cortesía: disfruta del contacto con la gente. Vive con la necesidad de compartir los secretos de las abejas, de los pájaros, de las trufas y de las cerezas».

Quién te cerrará los ojos, junto a *Palabras mayores* de Emilio Gancedo y *Los últimos* de Paco Cerdá, son libros necesarios. Son crónicas de un mundo rural que está desapareciendo en silencio, un mundo rural del que formamos parte. Son libros de viajes. Son literatura. Son memoria. Son historia. Son la voz, el eco, de un mundo olvidado que se resiste a morir.

José Pastor González

Autor de los libros de poesía *Cuidado con el perro* [Ediciones Raro, 2009], *El ruido de los cuerpos al caer* [Editorial Groenlandia, 2012], *Alguien tiene que limpiar la mierda* [Ediciones RaRo, 2013], *Cuadernos de veredas* [Piedra Papel Libros, 2016] y *Cuando los trenes paraban en todas las estaciones* [Versátiles Editorial, 2020]. Sus textos aparecen en numerosas revistas y fanzines literarios.

<https://librosyaguardientes.blogspot.com.es/>

Los lodos de depuradora

José M.^a Viñals Montaba

El uso de los lodos en la agricultura se hace extensivo desde hace unas décadas, cuando la introducción de plantas depuradoras genera cantidades masivas de residuos que, ante la imposibilidad física de esconder bajo una alfombra o enviarlos a la luna, acaban introduciéndose en la tierra como «compost».

Para generar «confianza y seguridad» entre la ciudadanía, se alaba esta incorporación a la tierra como la mejor opción para deshacernos de esos incómodos y tóxicos residuos. Se pontifica que es una magnífica solución al empobrecimiento de la tierra agrícola y que cada vez se controla mejor su tratamiento, de manera que los metales pesados que inevitablemente se concentran en esos lodos y los microorganismos patógenos que no se eliminan nunca del todo, son molestias insignificantes en comparación con los beneficios que reportan.

Su olor característico de cloaca es otro pequeño problema, que con unas buenas prácticas agrícolas, es decir, esparciendo los lodos desmenuzados con inyectores y enterrándolos antes de 24 o 48 horas, no llega a ocasionar, en general, alarma en la vecindad. Ojos que no ven, corazón que no siente. Y si hace falta, se silencia dicha alarma con un buen control y censura de los medios de comunicación.

Hay un verdadero pacto de silencio para ocultar que, en las últimas décadas, el uso de los lodos de depuradoras como «compost» en la agricultura está envenenando la tierra y los acuíferos.

Se paga a los payeses para que esparzan esos residuos. Y en Catalunya, para repartir un poco el veneno, la mitad de los

lodos se regala a las cementeras para que lo quemen en lugar de carbón, con lo cual se envenena también el aire que respiramos. Tal vez se acaben exportando, como tantos otros residuos tóxicos, a los países pobres...

La idea teórica de las plantas depuradoras era dejar de verter residuos tóxicos a ríos, afluentes y mares. En la práctica, lo que se hace es depositarlos temporalmente en la tierra para que a la larga la naturaleza los devuelva, poco a poco, a los ríos, a los afluentes y a los mares...

No hemos ganado gran cosa y en el proceso estamos envenenando la tierra cultivable. El suelo fértil está formado por los primeros 2,5 cm de suelo, una sola aplicación de lodo puede destruir un suelo que la naturaleza ha tardado 3000 años en construir. La única solución es no producir nada que genere residuos imposibles de reciclar en la práctica.

Llamemos a este moderno «abono» por su nombre auténtico. Ya hace milenios que no es caca de la vaca. Pero ahora no se trata siquiera de aquellos purines que huelen tan mal. La Generalitat de Catalunya lo llama «compost» y en otras regiones lo llaman «enmienda de los suelos», pero son lodos de depuradora. El olor, asqueroso, no es lo peor; contienen metales pesados, patógenos y alérgenos, sustancias químicas tóxicas, antibióticos, disruptores endocrinos, microplásticos...

No envenenemos más a nuestra madre tierra.

*José M.^a Viñals Montaba
Vendedor ambulante jubilado
y agricultor de subsistencia*

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Sólo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

REGALA LA REVISTA



www.soberaniaalimentaria.info/regala



jaume
enrich